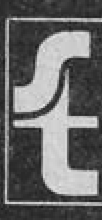


LA DOBLE VIDA DE JOHN PARR

CLARK CARRADOS



SELECCION

TERROR

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

242 – El cielo lloraba sangre, *Silver Kane*.
243 – La sangre exige un precio, *Ralph Barby*.
244 – Camino a ninguna parte, *Clark Carrados*.
245 – El embrujo de Satan, *Burton Hare*.
246 – Han llegado los espectros, *Ralph Barby*.

CLARK CARRADOS

LA DOBLE VIDA DE JOHN PARR

Colección SELECCIÓN TERROR n.º 247
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02506-4
Depósito legal: B. 1.438 - 1977

Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: noviembre, 1977

© Clark Carrados - 1977
texto

© Rafael Cortiella - 1977
cubierta

Concedidos derechos exclusivos *a* favor de **EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1977

CAPÍTULO PRIMERO

Algunos periódicos dieron más tarde la noticia, aunque en caracteres no demasiado destacados. En realidad, el fallecimiento de John Parr pasó prácticamente desapercibido, salvo para los familiares más allegados, algunos amigos y los inevitables curiosos que no dejan de leer nunca en el periódico las noticias y las esquelas de defunción.

John Parr fue enterrado en el panteón familiar, un mausoleo de pretencioso estilo, con puerta de reja y paredes de granito. Dado que hacía muchísimos años no se efectuaba ninguna inhumación en aquel lugar, el féretro que contenía los restos mortales de Parr fue situado en el túmulo central, una sepultura de forma rectangular, que sobresalía medio metro del suelo del panteón. Naturalmente, la sepultura se hundía cosa de otro medio metro en el suelo. O quizá un poco más.

La lápida que cubrió la sepultura era de grueso granito y tenía cuatro anillas en los lados, mediante las cuales y con la ayuda de la polea que pendía del techo, se podía alzar para situar el féretro en el interior de la sepultura y colocarla después en su sitio. Mientras los operarios hacían descender la lápida lentamente hacia su puesto, el pastor rezó brevemente algunas oraciones.

La viuda asistió personalmente a la fúnebre ceremonia, apoyada en el brazo del médico que había asistido infructuosamente al difunto. También estaban presentes algunos amigos.

Al terminar, salieron todos. Maxence Parr, la viuda, a quien los íntimos llamaban Maxie, quedó unos momentos a solas en el interior del panteón. Los asistentes aguardaron fuera, soportando estoicamente la llovizna que caía.

Al cabo de unos momentos, Maxence salió al exterior. El encargado del cementerio cerró la verja y le entregó la llave, a la vez que murmuraba unas confusas frases de condolencia. Los asistentes estrecharon una vez más la mano de la joven viuda y empezaron a abandonar el lugar.

Maxence aceptó el brazo que le ofrecía el médico. Digna y resignada, pero con los bellos ojos todavía llenos de lágrimas, emprendió el camino hacia la salida del cementerio. El médico en persona se encargó de conducir el automóvil que los llevaría de regreso.

Ella apoyó la cabeza en el respaldo y suspiró.

—Todo ha terminado —dijo.

El médico volvió la cabeza un instante y sonrió de un modo extraño, pero no dijo nada.

*

Tres días más tarde, una doncella anunció a la señora Parr que tenía una visita.

—¿Quién es, Sally?

—El señor Pelham…

—¡Pelham! —exclamó Maxence—. Sally, por favor, hágale pasar inmediatamente.

—Sí, señora.

A los pocos momentos, un hombre era introducido en el saloncito íntimo en donde Maxence estaba ocupada con algunos documentos. El hombre era joven y bien parecido, y en su rostro, un tanto feo, pero simpático, se apreciaba una singular consternación.

—¡Maxie! —exclamó, a la vez que avanzaba hacia la dueña de la casa—. ¡Qué desgracia, qué horrible desgracia! No sé cómo disculparme… He estado ausente y sólo a mi vuelta me enteré de lo ocurrido…

Rod Pelham tomó en sus manos las de la viuda y la contempló unos instantes, mientras pensaba en lo que podía haber sido su existencia si, algunos años antes la hermosa Maxence Brewson no hubiera preferido a John Parr. Pero era inútil especular con el pasado.

Pelham había llegado a estar muy enamorado de Maxence, una mujer que siempre le había atraído en todos los sentidos. Alta, fina, de modales distinguidos, pero alegre y sincera y nada pagada de su arrebatadora belleza ni de la posición social que ocupaba. Maxence, pese a sus ropas de luto, seguía siendo tan hermosa como siempre.

—No tienes que disculparte de nada, querido —dijo Maxence—. Pero, siéntate, por favor; pediré que nos sirvan una taza de té. ¿O prefieres algo más fuerte?

—Té, gracias. Maxie, Maxie, ¿qué le pasó al pobre John?

Ella tiró de un cordón situado junto a la ventana y se encogió de hombros.

—A estas alturas ya, ¿qué importa? —contestó tristemente—. Como puedes comprender, se hicieron todos los esfuerzos posibles para salvar su vida, pero no conseguimos nada.

La puerta se abrió en aquel momento.

—¿Señora? —dijo la doncella.

—Té para dos, por favor, Sally —pidió la dueña de la casa.

—Bien, señora.

Maxence indicó una silla a su visitante.

—Siéntate aquí, Rod —indicó, mientras empezaba a apartar los papeles que había sobre la mesa—. Ya ves —añadió con triste sonrisa—; después de los momentos de dolor, vienen otros menos… románticos, más prácticos. Tengo que poner en orden las cuentas… y me parece que no voy a conseguir lo que se dice un éxito.

—¿Qué sucede, Maxie? —inquirió Pelham—. ¿Puedo ayudarte?

Ella denegó con un leve movimiento de cabeza.

—No, gracias, querido. John era un hombre maravilloso y yo le

amaba con todas mis fuerzas… pero era también un manirroto, ¿comprendes?

Pelham se quedó estupefacto.

—Por el amor de Dios, Maxie. No irás a decirme que…

—Es lamentable tener que admitirlo —dijo Maxence—, pero resulta inevitable tener que enfrentarse a la realidad. Hombre, no digo que esté totalmente arruinada, pero mi situación es mucho peor que lo que podía pensar. John firmó documentos muy imprudentes, especuló disparatadamente… y el hecho es que, en pocos años, dilapidó unos cientos de miles de libras. Así están las cosas en Eltham Manor, Rod.

Pelham se sintió abrumado. Después de la boda de Maxence con su rival, había frecuentado muy poco la casa del matrimonio, precisamente para evitar no sólo habladurías innecesarias y hasta perniciosas, sino para no contemplar el espectáculo de una hermosa mujer, a la cual amaba todavía, feliz en compañía de otro hombre. Sin embargo, no había sido capaz de imaginarse lo que podía considerar como una catástrofe.

De pronto, llamaron a la puerta.

—Entre, Sally —dijo Maxence.

La doncella llegó hasta la mesa con una bandeja en las manos.

—Deje, yo serviré el té.

—Sí, señora.

Maxence llenó las tazas.

—Creo recordar que sólo tomas un terrón de azúcar —sonrió.

—Sí, gracias. Maxie, ¿puedo ayudarte en algo? La verdad, no soy rico, como sabes muy bien, pero tengo algún dinero…

—Gracias, querido. No sabes cuánto me conmueve tu oferta, pero creo que podré arreglarme. Desde luego, tendré que reducir muchos gastos y, por supuesto, abandonar algunas de mis antiguas costumbres… Incluso tendré que despedir un par de sirvientes y vender el coche grande, pero todavía me quedan algunas tierras, por las cuales espero obtener el dinero suficiente que me permita saldar las deudas que dejó John.

—Pero, Maxie, tú no tienes obligación.

—Sí —dijo ella tristemente—, porque John actuaba como mi apoderado y yo avalaba con mi firma todas sus operaciones. Nunca le pregunté nada, ya que creía en su rectitud de intenciones, pero, en realidad, algunas de esas operaciones lindan con la estafa y es mi obligación cancelar tales deudas, a fin de evitar verme en una situación poco airosa. Pero sabré salir adelante con mis propios medios.

—Mi ofrecimiento es absolutamente sincero y desinteresado, Maxie.

—Lo sé. —Ella tomó con sus manos una de las del visitante—. Rod,

tú siempre fuiste un buen y leal amigo, pero últimamente nos tenías un poco abandonados.

—Ya conoces los motivos —dijo él, un tanto turbado.

—Sí, los conozco, pero la amistad permanecerá siempre. Ven a verme con más frecuencia. Ahora, sobre todo, necesito de los buenos amigos...

—Gracias, Maxie. No sé qué más decirte...

—No digas nada, querido —sonrió ella—. Me contento con haberte visto.

—Yo lamento enormemente mi ausencia. Tuve que viajar, ya sabes lo que me sucede en ocasiones.

—Sí, conozco tu profesión y no debes hacerte ningún reproche. Lo primero es lo primero, Rod.

En aquel instante, sonaron unos nudillos en la puerta, que se abrió a renglón seguido.

—Señora, el doctor Cremony —anunció la doncella.

Maxence se irguió, a la vez que retiraba sus manos. Pelham se volvió hacia la puerta, por la cual entraba en aquellos momentos la persona anunciada.

Era un hombre muy alto, fornido, de tórax poderoso y abundante cabellera negra, que se prolongaba bajo el mentón en una barbita en punta, la cual se unía con el bigote situado sobre el carnoso labio superior. Los ojos del recién llegado, apreció Pelham, eran muy negros, profundos, de mirada penetrante y escrutadora.

—Oh, dispensa, Maxie —dijo el hombre—. No sabía que tuvieras visita...

—Rod Pelham se acaba de enterar recientemente de la desgracia y ha venido a visitarme, ya que somos buenos amigos —explicó Maxence—. Rod, te presento al doctor Fidelius H. Cremony, quien asistió a mi esposo durante su enfermedad. Fidelius, te presento a Rod Pelham.

Los dos hombres se saludaron con sendas inclinaciones de cabeza.

—Como muy bien ha dicho la señora Parr, yo asistí a su esposo durante el curso de su enfermedad, pero ha omitido decir que mis esfuerzos resultaron vanos —manifestó Cremony con una ligera sonrisa.

—La ciencia no siempre sale vencedora en su lucha contra la muerte, doctor —respondió Pelham.

—Esta vez, yo perdí el combate, amigo mío.

De pronto, Pelham notó un ambiente extraño.

«Aquí sobro», se dijo.

—Tengo que marcharme, Maxie —dijo, con una sonrisa de circunstancias.

—Ven cuando gustes, querido —contestó ella.

—Sí, claro. Doctor Cremony…

Pelham abandonó la casa, un tanto desconcertado. No quería ser demasiado suspicaz; quizá era fruto de una excesiva susceptibilidad… pero le parecía haber advertido en el médico cierto aire autoritario que no le agradaba en absoluto. Parr llevaba ya enterrado tres días y no parecía lógico que el médico que ha asistido a un hombre hasta el momento de su muerte, fuese luego a visitar a su viuda, máxime cuando ésta, pensó, no daba señales de desequilibrio mental causado por la aflicción y la pena.

Meneó la cabeza, mientras hacía girar la llave de contacto de su coche. En el mismo momento, Cremony llamaba a Sally, la doncella.

—Esta noche me quedaré en la casa —dijo—. La señora no se encuentra bien y me gustaría estar cerca, por si durante la noche se siente demasiado inquieta.

—Bien, doctor.

Sally abandonó la salita íntima.

«A ti te he calado yo, granuja. Si la señora Parr no fuese tan joven y tan bonita, su esposo estaría vivo todavía», se dijo.

*

En el gran vestíbulo de la casa, se oyeron las campanadas del carillón, que se extendieron lentamente hasta llegar a los más alejados rincones de la mansión. Luego volvió el silencio.

Una puerta se abrió a los pocos momentos. El doctor Cremony oteó el corredor durante unos instantes, escuchó con gran atención y luego salió de su dormitorio, dirigiéndose hacia otra puerta, que abrió sin llamar.

Cerró con todo cuidado. La estancia se hallaba iluminada por una sola lámpara, de no demasiada potencia, lo que la dejaba en una suave penumbra, que no impedía sin embargo, la visión de las cosas. Maxence Parr estaba tendida en el lecho, con las manos cruzadas sobre el seno.

Sin embargo, no dormía. Al darse cuenta de la presencia de Cremony en el dormitorio, se puso en pie.

Maxence vestía solamente una especie de peinador, de tul blanco, cerrado de cuello y mangas, que llegaba hasta el suelo. Cremony la contempló con ojos codiciosos. La transparencia del peinador permitía ver las formas de un cuerpo perfecto.

Paso a paso, Cremony se acercó a la mujer. Ella le miraba con ojos muy abiertos, inmóvil, respirando lentamente y con las manos a los costados.

Durante unos segundos, Cremony y Maxence permanecieron en la misma posición, frente a frente, en silencio, sin pronunciar una sola palabra. De pronto, Cremony alzó una mano y soltó el broche que sujetaba el cuello del peinador.

La prenda se deslizó hasta el suelo y el blanco cuerpo de Maxence, lleno de esplendor en su absoluta desnudez, quedó a la vista del nocturno visitante. Cremony permaneció así unos segundos, mientras sus ojos brillaban como los de una fiera hambrienta.

Un ronco sonido brotó repentinamente de los labios de Cremony, quien, saliendo de su inmovilidad, se abalanzó violentamente hacia la joven, poseído por el deseo. Cremony besó avariciosamente los labios de Maxence, mientras sus manos recorrían la sedosa piel de su cuerpo.

Al cabo de unos segundos, Cremony alzó en brazos a la joven y la llevó hasta el lecho, resoplando y jadeando como una bestia en celo. Mientras se consumaba la posesión, Maxence no hizo el menor movimiento. Sus ojos estaban muy abiertos, fijos en el techo, en tanto que en sus labios aparecía una sonrisa indefinible.

CAPÍTULO II

El hombre escribía algo, sentado ante una mesa, en la oscuridad de la noche, cuando, de repente, creyó percibir un ruidito fuera del despacho. Edwin K. Shallton alzó los ojos un momento y aguzó el oído.

El ruido no se repitió, por lo que Shallton volvió a su trabajo. Quería terminar cuanto antes, a fin de retirarse a su dormitorio. La señora Shallton le aguardaba ya, con un libro en las manos, pero, a veces, cuando se quedaba más tiempo de lo normal en su despacho privado, solía protestar. Y la protesta de la señora Shallton, todavía joven y apetitosa, consistía invariablemente en marcharse a dormir en otra habitación.

Shallton lanzó un bufido. Aquellas cuentas no le salían. Tendría que dejarlo para el día siguiente y...

De repente, se dio cuenta de que no estaba solo.

Al mismo tiempo, percibió un leve olor, nada agradable, un olor húmedo, como de pantano o de lugares en donde abundasen las hojas caídas en putrefacción. El olor, sin embargo, no era demasiado intenso, pero no tenía razón de producirse en aquella estancia.

Shallton alzó la cabeza. Entonces vio al hombre que tenía frente a sí y lanzó un pequeño grito:

—¡Usted...! Pero no puede ser... Está muerto...

—He salido de mi tumba para vengarme —dijo el visitante, de rostro cadavérico.

Shallton se puso en pie con tal violencia, que derribó el sillón en que estaba sentado.

—Vengarse... Pero eso no puede ser... Usted está muerto...

—A veces, los muertos siguen viviendo —dijo el visitante con tétrico acento.

Y, de súbito, disparó sus manos contra el cuello de Shallton y empezó a apretar con todas sus fuerzas.

Shallton perneó desesperadamente, pero todo fue inútil. El aire faltó en sus pulmones y sus movimientos cesaron poco a poco. Al final, cayó al suelo, convertido en un fláccido montón de trapos.

El visitante se dirigió hacia la puerta. Abrió y salió al vestíbulo.

En aquel momento, la señora Shallton, alarmada tanto por la tardanza de su esposo, como por los ruidos que había creído escuchar, salía del dormitorio y llegaba a la barandilla del corredor. Entonces fue cuando vio al hombre junto a la puerta de entrada.

—¡Eh, oiga! —llamó—. ¿Quién es usted?

El hombre se volvió. La señora Shallton vio aquel rostro cadavérico

y lanzó un agudísimo chillido de terror.

—¡Parr! ¡John Parr!

Se oyó una burlona carcajada como respuesta. Luego, el fantasmal visitante abrió la puerta y desapareció en la oscuridad de la noche.

Temblando de pánico, la señora Shallton corrió a la planta baja. Entonces supo a qué había venido aquel hombre que ella sabía muerto y enterrado.

*

—Esto no puede ser —dijo Rod Pelham.

—¿Qué es lo que no puede ser? —preguntó la joven que estaba sentada frente al espejo de tocador, cepillándose la frondosa cabellera pelirroja.

—Lo que pone al periódico.

Sheila Watts lanzó una risita.

—¿Desde cuándo acá ha dicho, un solo periódico, la verdad? —exclamó, sarcástica.

—Vamos, nena, no te lo tomes a broma. Esto no puede ser.

Sheila dejó el cepillo y se volvió hacia Pelham. El joven estaba en la cama, recostado sobre los almohadones, con el diario entre las manos.

—Muy bonito —dijo ella—. Te invito a cenar, dejo que pases la noche aquí, te traigo el periódico, además del desayuno, a la cama, y luego dices que lo que dice el diario no es verdad. Al menos, por gratitud a mí, deberías aceptar como buena esa noticia, cualquiera que sea.

Pelham se echó a reír.

—Tienes un humor excelente, Sheila —dijo—. Por eso me gustas tanto.

—Pero no me pides que me case contigo —exclamó ella, enfurruñada—. Cuando te apetece, vienes aquí, me pides lo que los maridos piden a sus esposas… y luego, si te he visto, no me acuerdo.

—Si no me acordase de ti, no estaría en tu casa, Sheila.

Ella abandonó el tocador y fue a sentarse junto a la cama, a la vez que hacía resbalar su bata hasta la cintura.

—Vamos a ver, ¿qué tienen las otras que no tenga yo? —dijo, orgullosa de la exuberancia de sus senos—. Y, además, sé cocinar…

—Sheila, eres una buena chica, pero creo que no nos entenderíamos.

—Eso es lo que dicen todos los hombres, después de que han conseguido lo que querían —se lamentó ella.

—Sheila, por favor, si tú eres la primera en saber que lo que digo es cierto. Ya estuviste casada una vez y tu matrimonio fue un fracaso…

—Porque él no era ni la décima parte de hombre que eres tú. Además, quería vivir a mi costa y eso es algo que yo no puedo tolerar.

Admito que la mujer, en ciertas condiciones, trabaje, pero no para mantener a un vago...

De pronto, se dio cuenta de que Pelham no le hacía caso.

—Pero, bueno, ¿qué noticia es ésa que tanto te intriga? —exclamó.

—Aquí lo dice, Edwin K. Shallton ha sido asesinado, estrangulado por un hombre enterrado hace dos semanas.

Sheila dio un salto.

—¿Qué? ¿Quién se ha vuelto loco en ese infecto diario?

—Bueno, la señora Shallton jura y perjura que vio a John Parr salir de su casa, después de asesinar a su marido, estrangulándolo con las manos. Y yo conocía a John Parr y sé que lo enterraron, como digo, hará un par de semanas.

—Caramba, entonces, habrá salido de su tumba para vengarse...

—Eso no puede ser —barbotó Pelham—. La señora Shallton vio indudablemente al asesino de su esposo y creyó que era Parr, eso es todo. Pero que un muerto salga de su tumba para vengarse, no sucede más que en las historias y leyendas antiguas.

—Sí, tal vez tengas razón —convino Sheila—. Oye, voy a hacerte una proposición.

—Dime, hermosa.

Sheila se inclinó hacia adelante, sonriendo sugestivamente.

—¿Qué tal si nos olvidamos del tipo que sale de su tumba para vengarse?

Pelham sonrió también. Tiró el periódico a un lado y atrajo hacia sí a la joven.

—Vamos a olvidarnos de John Parr —convino.

*

Pero eso era algo que Pelham no consiguió, a pesar de los arrumacos de Sheila. Horas más tarde, después de abandonar la casa de su anfitrión, llamó por teléfono a Maxence Parr.

Sally, la doncella, tomó el teléfono.

—Residencia de la señora Parr —dijo.

—Soy Rod Pelham. ¿Puede anunciar a la señora que deseo hablar con ella? —preguntó el joven.

—Un momento, señor.

Pelham oyó la voz de Maxence segundos más tarde.

—¡Rod! ¿Qué sucede?

—Maxie, querida... no sé cómo decírtelo. Me siento muy... embarazado, pero he leído los periódicos...

—Ah, tú te refieres a la noticia de la muerte de Shallton.

—Sí, en efecto.

—Es algo muy desagradable, pero, como comprenderás, yo no puedo evitar ciertas fantasías debidas a una mente poco firme. Si yo no hubiera visto al pobre John en su ataúd, si no hubieran levantado

la tapa poco antes de introducirlo en el panteón familiar, tal vez podría hablarse de un error... qué sé yo, de una simulación... pero ojalá John estuviese vivo, aunque fuese el asesino de Shallton.

—Sí, comprendo —murmuró Pelham, admirado en su fuero interno del amor que la viuda había sentido por el difunto.

—Elaine Shallton es una mujer despechada y tal vez histérica. En más de una ocasión, la vi mariposear en torno a John. Trataba de conquistarlo descaradamente... olvidándose de sus cuarenta años bien corridos y de sus setenta kilos de peso. La verdad, no sé qué ha podido impulsarle a decir una cosa tan disparatada. Si no es el despecho... pero John está ya muerto y ¿qué daño podría hacerle?

—Tienes razón, Maxie. Siento enormemente lo ocurrido.

—Gracias, Rod.

—Bien, si un día necesitas de mí, no dudes en llamarme. Sabes de sobra que estaré siempre a tu disposición.

—Eres un buen amigo —se despidió la señora Parr.

Entonces, sintió en su cuello el contacto de unos labios masculinos.

—¿Quién era? —preguntó Cremony en voz baja.

—Pelham.

—Y, ¿qué quería ese curioso?

Maxence se separó del medico.

—Por favor —rogó—, Rod Pelham es un excelente amigo. Simplemente, se ha extrañado de la noticia.

Cremony lanzó una risa baja, siniestra.

—La verdad es que hay mujeres con una imaginación delirante —dijo—. Por supuesto, me refiero a la señora Shallton.

Sus ojos despidieron un brillo especial al recorrer la esbelta figura de Maxence.

—Porque, claro, tú y yo sabemos que John está muerto, ¿no es así?

—Sí —concordó la joven—. John está muerto.

*

Llamaron a la puerta. Pelham estaba repasando unos apuntes y dejó la pluma a un lado, para ponerse en pie. Al abrir, vio ante sí a una muchacha de poco más de veinte años, de ojos grises y cabellos claros, muy cortos.

—Señor Pelham —dijo la chica.

—¿Sí?

—Usted ha pedido una secretaria a la agencia de colocaciones.

—En efecto.

—Sé taquigrafía, mecanografía y hablo y escribo el francés, alemán, español y ruso. Naturalmente, estoy en condiciones de probar lo que digo...

Pelham sonrió.

—No lo dudo en absoluto —dijo—. ¿Quiere entrar, señorita...?

—Parr, Danny Parr.

Pelham se puso serio.

—Ha dicho Parr.

—En efecto, ése es mi apellido desde que nací. En cuanto al nombre, es diminutivo de Daniela. Siempre me han llamado así en casa...

Danny contempló muy extrañada al hombre que tenía frente a sí.

—Parece que le choca mi apellido —agregó—. Claro que es el mismo que el de la última esposa de Enrique VIII, pero puedo jurarle que los Parr actuales no tenemos nada que ver con Catalina Parr, reina de Inglaterra.

—Ya, ya —dijo el joven—. Es que yo conocí a un tal John Parr, que murió hace casi tres semanas...

—Ah, usted se refiere al primo John.

—¿Es usted pariente del difunto? —se asombró Pelham.

—Bueno, la verdad es que los Parr de Lancastershire teníamos poco que ver con los Parr de Londres. El parentesco común arranca de un tatarabuelo, pero sus dos hijos varones iniciaron sendas ramas que se separaron en sus respectivos matrimonios. Aunque mi padre, a veces, se refería al difunto John como su sobrino, lo cierto es que se trataba de un parentesco bastante remoto y nada cultivado. Ni siquiera nos enviábamos una postal por Navidades...

—Entonces, usted no lo conocía personalmente.

—No, señor, ni mi padre creo que hablase con él más de una o dos veces en su vida. Como digo, vivíamos muy alejados...

—Señorita Parr, dejemos el tema por el momento. Usted ha mencionado sus cualidades como secretaria.

Danny descolgó el bolso de cuero rojo que pendía de su hombro izquierdo.

—Traigo los certificados correspondientes...

—Está bien, está bien, me fío de su palabra. Señorita Parr, yo necesito una ayudante, más que una secretaria, aunque no descarto que llegue a encomendarle mi correspondencia. ¿Quiere venir a mi despacho, por favor?

La chica le siguió. Pelham le enseñó la mesa de trabajo, la mesita auxiliar, con la máquina de escribir, y un par de archivadores que había junto a una de las paredes.

—Estoy escribiendo un libro —dijo—, y su labor más interesante consistirá en pasar a máquina mis apuntes. Por favor, saque siempre una copia de lo que escribe.

—Entonces, me contrata.

—Por veinte libras semanales, señorita Parr. También podrá quedarse a almorzar si lo desea; ordinariamente, tengo el frigorífico bien provisto, pero, en caso necesario, podrá llamar a mis proveedores

y encargar lo que necesite.

—Sí, señor.

—También le dejaré una llave de mi departamento. Yo puedo verme obligado a salir en algún momento y no quiero que usted tenga que darse media vuelta y esperar mi regreso.

—De acuerdo.

Pelham sonrió.

—Entonces, ¿le satisfacen las condiciones?

Danny sonrió también.

—Sí, señor; son mucho mejores que lo que había esperado —contestó.

—Entonces, si no le importa, vamos a empezar el trabajo.

Una hora más tarde, Pelham hizo una pregunta a su flamante secretaria:

—Señorita Parr, aunque sea una indiscreción por mi parte, ¿ha leído usted las noticias referentes a un asesinato cometido por el difunto John Parr?

—Sí, señor, y me parece un puro disparate. Si en casa no tuviéramos la seguridad de que está muerto...

Pelham levantó las cejas.

—Creo haberle oído decir que no tenían relación con el difunto —manifestó.

—Y es cierto, pero, tratándose de un pariente lejano, papá se creyó en la obligación de asistir al entierro y dar el pésame a la viuda —respondió Danny.

CAPÍTULO III

Habían transcurrido dos meses. Pelham había llegado a olvidarse por completo del extraño suceso. La policía no había podido dar con el asesino de Shallton.

El libro de Pelham progresaba satisfactoriamente. Pelham, por otra parte, estaba muy contento con su secretaria. Danny había resultado discreta y eficiente y, prácticamente, se había convertido en su mano derecha.

—Salvo el trabajo de estricta creación, usted lo hace todo —dijo un día.

—Es que también a mí me gusta esta labor —contestó ella.

El teléfono sonó de pronto. Pelham alzó una mano.

—Si es una tal Sheila Watts, dígale que no estoy —indicó.

Danny sonrió maliciosamente.

—Está bien. —Alzó el teléfono—. ¿Sí?

Al otro lado de la línea se oyó un respingo.

—Oiga, ¿quién diablos es usted?

—Miss Parr, secretaria personal del señor Pelham. El señor Pelham se encuentra ausente en estos momentos. ¿Puedo servirle en algo, señora?

Hubo un momento de silencio.

Luego, Sheila dijo:

—Me interesaba hablar con él. Es relativo a un tal Shallton, que murió asesinado hará un par de meses.

—Bien, en cuanto vea al señor Pelham se lo diré. Por favor, ¿quién es usted, señora?

—Sheila Watts. Dígale que es un asunto muy importante, señorita Parr. ¡Oiga! —gritó Sheila de pronto—. ¿No será usted pariente de John Parr?

—Muy lejano, señora —sonrió Danny—. Prácticamente, podría decirse que sólo teníamos en común el apellido.

—Está bien, no deje de darle mi recado.

—Creo que podré localizarle pronto, señora Watts.

—Gracias, miss Parr.

Danny colgó el teléfono y se volvió hacia el joven.

—Dice que tiene algo importante que comunicarle sobre Shallton —expresó.

—Es usted una chica inteligente —sonrió Pelham—. Dejaré pasar un cuarto de hora antes de llamarla.

Transcurridos los quince minutos, Pelham usó el teléfono.

—Sheila, mi secretaria me ha dicho que tienes una noticia

interesante para mí.

—Bueno, fuiste amigo de Parr y de su esposa, ahora viuda... Resulta que al revisar los documentos de Shallton, se ha encontrado algo relativo a una deuda que tenía contraída con Parr. Por lo visto, los papeles están en regla y la viuda de Shallton tiene que pagar a la viuda de Parr.

—Oh, si es interesante...

—Sobre todo, si se piensa en la suma. Casi cincuenta mil libras.

—Un buen pico —silbó Pelham.

—Elaine Shallton está que se sube por las paredes. Pero, por lo que sé, su abogado le ha dicho que no tiene escapatoria, que la deuda de su difunto esposo es anterior a la muerte de John Parr y que, por tanto, la viuda de éste tiene pleno derecho a la reclamación legal. Por tanto, para ahorrarse gastos de un pleito que perdería inexorablemente, le ha aconsejado que pague.

—Es lo lógico, aunque, dime, ¿cómo te has enterado tú de tantas cosas?

Sheila soltó una risita.

—Curioso —le apostrofó cariñosamente—. A ver cuándo vienes a cenar conmigo. Me tienes completamente olvidada.

—Estoy abrumado de trabajo, cariño. Ya te llamaré un día de éstos.

Pelham dejó el teléfono en su sitio y se reclinó en su sillón, profundamente pensativo. De pronto, se irguió, ajeno a la curiosidad de su secretaria, y levantó el teléfono nuevamente.

Esta vez, oyó directamente la voz de Maxence, sin el intermedio de la doncella.

—Soy Rod —dijo.

—¡Hola, Rod, querido, qué alegría me da oírte! —exclamó la señora Parr—. He estado mucho tiempo sin noticias tuyas...

—Tenía algo de trabajo y, por otra parte, no quería causarte molestias —se disculpó el joven—. ¿Cómo te encuentras, Maxie?

—Bien, ya se me va pasando. Todo pasa, Rod —suspiró ella.

—Sí, es lógico. Maxie, me gustaría decirte una cosa... pero no lo tomes como una indiscreción. En realidad, se trata de una noticia sorprendente, que me ha extrañado muchísimo... pero creo que hay cierta confianza entre los dos, ¿no es cierto?

—Por supuesto, Rod. ¿De qué se trata?

—Verás... Creo que Elaine Shallton tiene que pagarte una elevada suma de dinero...

—Ah, ¿era eso? Pues sí, es verdad, pero yo no tengo la culpa de las deudas de su marido. Es más, ya sabes que John me dejó poco menos que en la ruina, por causa de su disparatada administración. Sin embargo, en uno de sus negocios, sí debió de conseguir algunas

ganancias, aunque, por lo visto, murió antes de que Shallton hubiese cancelado la deuda. Pero yo tengo derecho a ese dinero y lucharé por conseguirlo.

—Me parece muy bien, Maxie, y me alegro de que esa deuda pueda solucionar tus dificultades.

Maxence emitió una risa amarga.

—La verdad es que últimamente no me iban las cosas muy bien. Incluso tuve que despedir a mi doncella, porque no podía pagarle el salario.

—¡Oh, Maxie! ¿Por qué no me llamaste? Yo te habría ayudado de buena gana...

—Gracias, Rod, pero, como ves, he salido de apuros. Ven un día de éstos a tomar el té conmigo.

—Procuraré ir —contestó Pelham.

Maxence dejó el teléfono sobre la horquilla. Unas manos codiciosas se apoyaron en su cintura. El ardiente aliento de Cremony sopló en su nuca.

—¿Pelham?

—Sí.

—Ese tipo no me gusta, Maxie.

—Es un buen amigo...

—No me gusta —insistió Cremony—. Olvídate de la invitación que le has hecho.

—Sí, Fidelius.

Cremony lanzó una tenue carcajada.

—El golpe de los Shallton ha salido a la perfección —dijo—. Como el siguiente... que no tardará mucho en realizarse.

Maxence guardó silencio. De pronto, Cremony la hizo girar en redondo y buscó sus labios con la voracidad de un vampiro.

*

La chica que actuaba en el escenario no era una gran artista, pero tenía un cuerpo estupendo y mostraba sus encantos corporales con el mayor entusiasmo. A Pelham, que había asistido aquella noche a la función que se desarrollaba en aquel teatrillo, Bella Bell, que así se llamaba la artista, le parecía conocida, aunque en aquellos momentos no podía recordar dónde la había visto antes.

Pelham y su amigo estaban en una de las mesas situadas en primera fila. De pronto vio que Bella Bell se inclinaba hacia ellos, mientras movía el torso desnudo con la velocidad de una batidora eléctrica.

—Espéreme a la salida, señor Pelham —bisbiseó—. Tengo que contarle algo muy importante.

Pelham parpadeó. ¿Cómo le conocía aquella chica?

La artista se retiró y dio unos cuantos saltos y contorsiones,

finalizando con una media vuelta, que la hizo quedar de espaldas al público. Se inclinó bruscamente, levantó las faldas y, tras enseñar sus encantos posteriores durante una fracción de segundo, se retiró, perseguida por una tempestad de aplausos y silbidos a partes iguales.

—Vaya manera de conquistarla —dijo el amigo.

Pelham fingió pavonearse del éxito. Dijo algo de una antigua amistad, pero el caso era que no tenía la menor idea de quién podía ser Bella Bell ni de lo que quería contarle.

Poco después, abandonaron el teatro. El amigo de Pelham se marchó, deseándole suerte. Pelham buscó la salida de artistas.

Un cuarto de hora más tarde, se abrió la puerta y una joven, envuelta en un abrigo de paño, con el rostro completamente limpio de maquillaje, apareció ante la vista de Pelham.

—Soy Bella Bell —se presentó la artista.

—Tanto gusto, señorita, pero no entiendo...

Ella sonrió.

—Tiene usted muy mala memoria —dijo—. Hace cosa de un par de meses yo le serví el té en casa de la señora Parr.

Pelham se quedó boquiabierto.

—Usted es...

—Sally, la doncella. Sally Burns en la vida real, y Bella Bell cuando tengo que desnudarme ante el público. Pero, ¿no le parece que hablaríamos con más comodidad en mi casa? Está sólo a dos manzanas...

—Si no tiene usted ningún compromiso, encantado, Sally. Pero, por favor, llámeme Rod.

—Sí, Rod.

Unos minutos más tarde, Sally se despojaba del abrigo y lo arrojaba sobre un sillón. Luego señaló una consola.

—Ponga algo de beber; regresaré enseguida.

Notablemente perplejo, pero también invadido por la curiosidad, Pelham puso whisky en dos vasos. Sally regresó minutos más tarde, con el pelo suelto y vestida con un peinador.

—Le veo hecho un puro lío, Rod —dijo, al apoderarse de su vaso.

—Pues... sí, aunque la verdad es que la señora Parr ya me había anunciado que tenía dificultades económicas y que por eso se había visto obligado a despedirla a usted.

Sally sonrió maliciosamente, a la vez que se sentaba en el diván. Luego, con la mano izquierda, dio un par de palmadas en el mullido.

—Venga a mi lado —dijo—. Cuénteme, ¿no se siente asombrado de verme en un escenario, después de haberme visto como una doncella de película de alta sociedad?

—Un poco, a decir verdad —confesó él—. ¿Cómo ha venido a parar aquí?

—El dueño es un viejo conocido y me propuso el trabajo. Unas cuantas lecciones, una docena de ensayos con la música, unos chistes que ya me dan escritos y que tengo que aprenderme de memoria, más algo de desparpajo… y unos clientes que no saben distinguir una vaca de un roble, eso es todo. Con perdón de mi distinguido acompañante —respondió Sally con toda desenvoltura—. Gano más dinero que sirviendo el té y diciendo a todas horas: «Sí, señora; no, señora; como guste la señora…». No puedo quejarme, Rod.

—Lo celebro, Sally. Pero habíamos quedado en que iba a hablarme de la señora Parr.

—Si quiere saber la verdad, y aunque puede que sea cierto que pasa dificultades económicas, no me despidió por ahorrar, sino por otra cosa muy distinta.

—¿Qué fue, Sally?

—Por supuesto, yo no iba a curiosear y lo que haga cada uno es cosa suya. En resumen, tenía que arreglar el dormitorio de la señora y creí que estaría en el baño, pero me equivoqué. Estaba en la cama, con el doctor Cremony, los dos bien juntitos, abrazados como si estuviesen en plena luna de miel.

Pelham frunció el ceño.

—Sally, perdone que se lo diga, pero considero lo que ha dicho como una broma de muy mal gusto —dijo.

—¡Pero si es cierto! —insistió la joven—. ¿Por que iba a engañarle a usted? No tengo ningún motivo para contarle chismes sin fundamentos, ni tampoco le he hecho venir para sacarle dinero. Lo que sucede es que le he reconocido entre los espectadores y me he acordado lo que la señora Parr dijo de usted en más de una ocasión. Le consideraba como uno de sus mejores amigos… y precisamente por eso he creído que debía usted estar enterado de lo que sucede.

—A pesar de todo…

—Rod, piense en una cosa: ella es joven y muy hermosa. Y, bien mirado, el doctor Cremony, aunque no es un muchacho, es todo un tipazo. A mí no me extraña en absoluto que la señora Parr se hubiese enamorado de él.

CAPÍTULO IV

Sobrevino una pausa de silencio. Pelham se daba cuenta claramente de que Sally no mentía, de que cuanto había dicho era la pura verdad. En aquel momento, un ídolo cayó de su pedestal.

—De modo que Maxie y el doctor... —murmuró.

—Tiernamente abrazados, dormidos como dos angelitos —dijo Sally—. Pero yo, que no me esperaba una cosa semejante porque era la hora en que la señora Parr, habitualmente, ya se había levantado, abrí la puerta de golpe. Además, iba canturreando, de modo que no hubo forma de retirarme a tiempo. Los desperté y se organizó la gorda.

—¿Que pasó?

—Figúrese. No es que yo me asombre de nada; he visto ya muchas cosas en este perro mundo, pero la sorpresa me dejó sin habla. Antes de cinco minutos, la señora Parr estaba en la planta baja, con un puñado de billetes en las manos. Al cuarto de hora, la que le está hablando, salía de la casa con los billetes en una mano y la maleta en la otra.

Pelham se puso en pie, vivamente afectado por lo que acababa de escuchar. No había razón alguna para que Sally le mintiese. ¿Qué iba a sacar con ello?

Maxence le había mentido, en cambio, al decirle que había despedido a su doncella debido a las dificultades económicas por las que atravesaba momentáneamente. Claro que no iba a contarle las verdaderas razones del despido. Pero, aun así, se le antojaba casi monstruoso el hecho de que la mujer a quien había amado tan intensamente en tiempos se hubiese convertido en la amante de un hombre a quien, pese a haber visto tan sólo durante unos minutos, le había inspirado, sin saber por qué, una viva antipatía.

Durante unos momentos, permaneció inmóvil, concentrado en sus pensamientos. De pronto, Sally le hizo una pregunta: —Estaba enamorado de ella, ¿verdad?

—Sí, fui su pretendiente, pero ganó John Parr...

—Rod, no le dé más vueltas. Estas cosas pasan a diario, en este país y en el resto del mundo.

—Sí, pero...

—La señora Parr no es distinta de las otras mujeres, convénzase de ello. Y, ¿me permite un buen consejo?

Pelham daba la espalda a su anfitriona y giró en redondo.

—Claro —sonrió.

—Haga lo que dice el refrán: «Un clavo, saca otro clavo». Al

menos, intente sacarse esa espina.

—Sí, pero ¿cómo?

Sally sonrió maliciosamente. Estaba sentada en el diván, con el brazo izquierdo extendido sobre el respaldo. De pronto, cruzó las piernas. El peinador se abrió casi hasta la cintura.

—Bueno, no es que yo me haga demasiadas ilusiones, pero...

Pelham se sentó junto a la joven y pasó los brazos en torno a la cintura.

—Al menos, por esta noche, puedes ayudarme a olvidar —dijo.

Sally le abrazó apretadamente.

—Con mucho gusto —accedió.

Más tarde, en la oscuridad del dormitorio, se encendieron dos brasas rojizas. Después de unas bocanadas de humo, Sally dijo: —Aunque si voy a serte sincera, es probable que la señora Parr haya tenido que acceder a los deseos del doctor Cremony. Para mí que la cosa viene ya de muy lejos, cuando el señor Parr estaba todavía con vida.

Pelham se volvió en la cama, quedando apoyado sobre un codo, y miró a la joven, cuyo rostro aparecía iluminado en rojo por el tenue resplandor del cigarrillo —Sally, ¿qué es lo que tratas de insinuar? —preguntó.

—No sé... no me gustaría acusar a nadie... pero seguí todo el proceso de la enfermedad del señor Parr... y algunas de las cosas que vi no me gustaban nada.

—¿Por ejemplo?

—El comportamiento del doctor Cremony. No es que yo haya visto nada reprobable y, además, no entiendo de medicina, pero... el instinto me dijo que en lugar de curarlo, lo que hizo fue matarlo lentamente.

—¿Y ella lo sabe? Me refiero a la señora Parr, claro.

—Rod, una vez intenté insinuar algo al respecto y ella me cortó en seco. Dijo que confiaba plenamente en el doctor Cremony y que no había por qué dudar en absoluto de sus conocimientos médicos. ¿Qué quieres que te diga? Fue un buen rapapolvo y me estuvo bien empleado, por meterme donde no me llamaban. Pero si yo hubiera sido pariente del señor Parr, habría llamado a otro médico.

Pelham entornó los ojos.

—Es decir, solamente Cremony atendió a John Parr durante su enfermedad —dijo.

—Exactamente —corroboró Sally.

Pelham se volvió para aplastar el cigarrillo en el cenicero que había sobre la mesilla de noche.

Sally se alarmó.

—¿Te marchas?

—Por supuesto que no, preciosa. Hay que terminar de sacar el clavo —respondió Pelham maliciosamente.

El otro cigarrillo fue a parar también a un cenicero

*

Estaba escribiendo en su gabinete de trabajo, cuando, de pronto, creyó oír un ruidito. Matthew Garrish levantó la cabeza y escuchó atentamente.

Debía de ser una ilusión, creada por el propio silencio que reinaba en la casa. Se inclinó nuevamente sobre los documentos que revisaba y entonces percibió un extraño olor, no muy intenso, aunque sí sumamente desagradable.

Garrish frunció el ceño. Las dos ventanas y la puerta de su despacho particular estaban cerradas. Y en la vecindad no había ninguna industria ni edificio que desprendiera un olor semejante.

Súbitamente, una mano se apoyó en su hombro izquierdo. Garrish sintió un escalofrío a todo lo largo de su espina dorsal.

Volvió la cabeza un poco. Aquella mano, de largos dedos, esquelética, tenía un color cadavérico realmente repulsivo.

—Garrish —dijo tras él una voz de ultratumba.

—¿Qué... quién es... usted...?

—John Parr.

Una terrible convulsión sacudió el cuerpo de Garrish. En un santiamén acababa de recordar la historia que había leído en los periódicos semanas antes.

—No... no puede ser... Parr está muerto.. U... usted es un im... impostor... —tartamudeó.

—Soy Parr y he venido a vengarme.

Frenético por el miedo que sentía, Garrish empezó a levantarse, pero, en el mismo momento, algo centelleó en el aire y se hundió en su pecho.

Con ojos desorbitados, volvió a hundirse en el asiento. Durante una fracción de segundo, había podido ver el rostro de un hombre a quien conocía muy bien.

Estuvo así unos momentos, jadeando penosamente, sintiendo que la vida se le escapaba a chorros. Luego, haciendo un supremo esfuerzo, consiguió tomar la pluma. Penosamente, con letra ya muy irregular, en grandes caracteres, escribió:

HA SIDO JOHN PARR.

Apenas un segundo más tarde, la pluma se escapó de sus dedos y se venció a un costado. El brazo derecho quedó fuera del sillón, oscilando lentamente, hasta detenerse del todo.

*

Estaba en pie, en la cocina, vestido con una bata corta, cuando sintió el ruido de la puerta. Desde la entrada, Danny Parr gritó: —

¡Buenos días, jefe!

—Hola, Danny —contestó Pelham—. Estoy tomando una taza de café. Si no le importa ver a un hombre en bata y zapatillas, venga aquí.

—Veo a mi padre así muchas veces —dijo la chica—. No piense que voy a asustarme, aunque quizá tenga motivos —añadió, a la vez que franqueaba el umbral de la puerta de la cocina.

—¿Usted tiene miedo? —se asombró él—. ¿De qué, si puede saberse?

Danny le entregó el periódico que había traído consigo.

—De mi lejano pariente muerto —declaró—. Ha vuelto a salir de su tumba para cometer un nuevo asesinato.

Pelham dejó a un lado la taza y el plato.

—No bromee, Danny —dijo.

—No es ninguna broma. Lea, lea... —La chica tomó la cafetera y empezó a llenar una taza—. Y esta vez, además, no se trata de la declaración de una mujer histérica por ver muerto a su esposo. Lo escribió la propia víctima, antes de morir.

Pelham desplegó el diario. Enormemente asombrado, leyó el relato del crimen cometido veinticuatro horas antes. En esta ocasión, el asesino había empleado el tradicional método del puñal, lo que, al no causar la muerte instantánea de su víctima, había permitido a ésta escribir la frase que acusaba a John Parr sin ningún género de dudas.

La víctima se llamaba Matthew Garrish, y en tiempos había tenido negocios comunes con Parr, aunque hacía bastante que no se relacionaban para nada.

Respecto a la nota dejada por el difunto, no cabía la menor duda que era suya. La letra, aun teniendo en cuenta las irregularidades propias del estado en que había escrito aquellas cuatro palabras acusatorias, pertenecía irrefutablemente a Garrish.

—Y todavía hay más —dijo la muchacha, antes de que Pelham hubiera terminado la lectura—. Las huellas dactilares halladas en el mango del arma homicida, corresponden absolutamente con las de John Parr.

Pelham frunció el ceño.

—Quizá no esté muerto —murmuró.

—Papá habló con algunos de los vecinos que le vieron en el ataúd —dijo Danny—. Eran gente que vivía por los alrededores y que conocían su mal estado de salud. Sí, vieron muerto a Parr, de eso no hay duda alguna.

—Danny, no irá a decirme ahora que Parr sale de su tumba para vengarse de sus enemigos, ¿verdad? Eso se hace cuando está vivo...

—Tal vez alguien está tomando la personalidad de Parr, para saldar cuentas.

—Eso podría ser, si no tuviésemos en cuenta un pequeño detalle.

—¿Cuál, jefe?

—Las huellas dactilares.

Danny hizo un gesto de duda.

—Alguien pudo reproducirlas antes de que muriese y ahora utiliza unos guantes preparados de algún modo que ignoramos. Incluso pudiera ser que se construyera una máscara con las facciones de Parr, ¿no cree?

Pelham, sin saber por qué, pensó instantáneamente en Cremony. Pero si el muerto lo había tomado por Parr... No, no podía ser su antiguo amigo y afortunado rival por la mano de Maxence no poseía la corpulencia del médico. Parr había sido un guapo mozo, mucho más esbelto que el extraño doctor.

De pronto, dejó el periódico a un lado. Había tomado una decisión.

—Danny, voy a salir —anunció.

—Apostaría doble contra sencillo a que piensa visitar a la señora Parr —dijo la chica, sonriendo.

Pelham se volvió desde la puerta de la cocina.

—Aunque no he apostado, la doy como vencedora —contestó.

*

Cuando llegaba a la residencia de Maxence, vio parado ante la puerta un coche de la policía, en el que se hallaba sentado un chofer de uniforme. Dos hombres de paisano salían en aquel momento de la casa.

Uno de ellos le miró con curiosidad.

—¿Quién es usted? —preguntó.

—Rodney Pelham, amigo personal de la señora Parr —contestó el recién llegado.

El otro enseñó una billetera.

—Inspector Kewnell, de Scotland Yard —dijo—. ¿Puedo hacerle unas preguntas, señor Pelham?

—Claro. Empiece, inspector.

—¿Hace mucho tiempo que conoce a la señora Parr?

—Casi diez años. Fui su pretendiente, pero ella prefirió al difunto John Parr.

—El mismo que, según dicen, ha cometido ya dos asesinatos —sonrió Kewnell.

—Sí, eso dicen.

—Señor Pelham, ¿lo cree usted?

—Parr murió y fue enterrado. Los muertos no matan, inspector.

—Yo también opino lo mismo. Pienso que alguien ha tomado la personalidad de un difunto, para saldar las cuentas con unos viejos enemigos. Incluso teniendo la precaución de tomar a tiempo las huellas dactilares de Parr, para reproducirlas más adelante.

—¿Puede hacerse eso, inspector? —preguntó Pelham.

—Es difícil, pero se puede conseguir. Sin embargo, hay algo que confirma esa posibilidad: la ausencia de rastros de sudor.

—Oh —dijo Pelham.

—Cuando se empuña un cuchillo, para clavarlo en el cuerpo de una persona, con las manos desnudas, por supuesto, siempre quedan rastros microscópicos de transpiración en la superficie del mango. En esta ocasión, no había tales rastros de sudor, lo que corrobora nuestra primera hipótesis: alguien ha tomado la personalidad de un difunto, para matar impunemente.

—Celebro mucho su perspicacia, inspector; pero, ahora, dígame usted, ¿qué tiene que ver la señora Parr con lo sucedido?

—Ella, nada, por supuesto, pero hemos creído oportuno interrogarla, por si podía darnos alguna pista sobre el asesino. Quizá sea conocido suyo o de su esposo, ¿comprende?

—¿Y han conseguido algo?

Kewnell suspiró.

—Desgraciadamente, no —contestó. Se volvió hacia el otro policía —. Henry, tome nota de la dirección del señor Pelham. Espero que no le moleste —se dirigió de nuevo al joven.

—Oh, en absoluto. Le daré una tarjeta de visita...

—Muchas gracias por su cooperación, señor Pelham —se despidió el policía.

—A usted, inspector.

El coche policial arrancó. Pelham miró hacia la casa.

Detrás de uno de los ventanales divisó el rostro de un hombre. Pero el brillo de los cristales le impidió confirmar su primera impresión visual.

Llamó a la puerta. Esta vez abrió una mujer de mediana edad y rostro impasible.

—Soy el señor Pelham —se presentó—. Por favor, ¿quiere anunciarme a la señora Parr?

—Un momento, señor; veré si la señora puede recibirle.

Pelham aguardó en el vestíbulo. Momentos después, Maxence salía a su encuentro.

—Eres muy caro de ver —le reprochó afectuosamente, mientras retenía sus manos—. ¿Por qué has tardado tanto en volver?

—He estado ocupado... Mi trabajo...

—¿Qué otra excusa vas a añadir? ¿Quieres decirme que también trabajas los fines de semana?

—Maxie, creo que no habría sido correcto venir aquí a pasar un fin de semana.

—Pero sí venir a tomar el té un sábado o el domingo por la tarde... —De pronto, ella se puso seria—. Estás pensando algo malo de mí,

Rod —agregó.

—No, en absoluto. Pero me siento muy perplejo —respondió el joven.

Maxence tiró del joven con sus dos manos.

CAPÍTULO V

El whisky gorgoteó suavemente al caer de la botella al vaso. Pelham encendió un cigarrillo.

—He hablado con el inspector Kewnell —manifestó.

—Sí, ya sé que se ha producido otro abominable crimen, cometido por alguien que se hace pasar por el pobre John, pero ¿has oído disparate mayor, Rod?

Maxence se acercó al joven, quien no se había sentado todavía, y le entregó el vaso, mientras sonreía ligeramente.

—Y lo peor de todo es que me relacionarán con la muerte de Garrish —dijo.

—¿Por qué? Tú no...

—Rod, hace algún tiempo repasé de nuevo los documentos de mi difunto esposo. Fue una revisión a fondo. Incluso lo consulté después con un abogado, quien me dio la razón por completo. Si no me crees, puedo darte el nombre de ese abogado...

—¡Por favor, Maxie! ¿Cómo no iba a creerte? —protestó Pelham—. Pero sigue, te lo ruego...

—Pues bien, resulta que Garrish debía a mi esposo unas sesenta y cinco mil libras esterlinas. Naturalmente, se negó a pagar y yo le amenacé con un pleito. Garrish se rió de mí, en mi propia cara... y eso es todo lo que hay hasta el momento.

—Entonces, no te ha pagado.

—No, pero mi abogado, David Warrendon, va a presentar una reclamación legal contra los bienes de Garrish y antes de que se ejecuten las disposiciones testamentarias. Rod, yo no he sido nunca ambiciosa, tú lo sabes bien, y a John le dejé que manejase libremente mi fortuna; pero si ese dinero es mío, si salió de mis cuentas corrientes, ¿por qué no voy a reclamarlo?

—En eso te doy toda la razón, Maxie —dijo Pelham.

—Gracias —sonrió ella—. Sabía que no podías pensar de otro modo, querido.

Pelham miró fijamente a la hermosa mujer que tenía ante sí. Maxence debía de andar ahora por los veintiocho años, tal vez uno más, y, recuperada de la pena que le había causado la muerte de su esposo, se hallaba en el esplendor de su belleza, más hermosa y deseable que nunca.

Por un momento, pensó en aquel bello cuerpo contemplado y acariciado por Cremony y sintió un agudo dolor en el corazón. Pero se rehizo muy pronto.

—Tengo que irme —manifestó.

—¿No quieres otro trago?
—No, gracias. Oye, Maxie…
—¿Sí, Rod?
—El doctor Cremony… Me ha parecido verle aquí…
—Está en casa, efectivamente —contestó ella, sin dejar de sonreír.
—Oh —murmuró el joven.
—Viene con cierta frecuencia. He padecido bastante de los nervios últimamente.
—Y ya te encuentras mejor.
—Por supuesto. Es un buen médico.
La puerta de la estancia se abrió en aquel momento.
—Dispensen —exclamó Cremony—. No sabía que estuviera usted aquí, señor Pelham.
—Ya me iba —contestó el aludido. Pelham tomó las manos de la joven y las oprimió con fuerza—. Si me necesitas algún día, cuenta conmigo incondicionalmente, Maxie.
—Sí, Rod —sonrió ella.
Pelham volvió a apretar las manos de Maxence y se encaminó hacia la puerta, junto a la cual estaba Cremony como un centinela, rígido, inmóvil, con una extraña expresión en sus ojos intensamente negros.
—Ha sido un placer, doctor —dijo.
—Encantado, señor Pelham —contestó Cremony con voz neutra.
Pelham abrió la puerta y salió, tirando del picaporte. Pero, arriesgándose a todo, dejó abierta una estrecha rendija.
La sirvienta no aparecía a la vista. Pelham cruzó el vestíbulo, abrió la puerta de entrada y volvió a cerrarla, sin salir. Luego, de puntillas, regresó junto a la puerta de la salita.
Aguzó el oído. Cremony parecía bastante irritado.
—No podía rechazarlo, compréndelo —decía Maxence en aquellos momentos—. Fuimos buenos amigos… y también John fue su amigo…
—En tiempos, pretendió casarse contigo, ¿no?
—Fidelius, en tiempos, y aun ahora, hay innumerables hombres que querrían casarse conmigo —contestó ella un tanto irónicamente.
—Ya, siempre has sido muy guapa. Y lo sigues siendo, claro. Pero no me gusta que ese tipo venga a visitarte.
—Oh, es un buen amigo…
—La próxima vez, es decir, si se le ocurre venir, dirás a Martha que le diga que no estás en casa. ¿Lo has entendido?
—Está bien, Fidelius, como mandes.
Pelham apretó los puños de rabia. ¿Cómo había podido caer Maxence tan bajo? ¿Qué extraña fascinación causaba en su ánimo aquel extraño doctor, al forzarla a actuar contra su voluntad?
Cautelosamente, pisando de puntillas, se alejó hacia la salida.

Tenía que hacer algo para arrancar a Maxence de las garras de Cremony. Pero ¿qué? Y ¿cómo?

Cuando arrancó con el coche, se hallaba aún sumido en un mar de perplejidades.

*

—Le veo muy preocupado, jefe.

Pelham contestó con un gruñido. Luego dijo:

—Cinco.

Danny puso cara de asombro.

—¿Qué? —preguntó.

El joven volvió a la realidad.

—Dispense —rogó—. Estaba pensando en otra cosa... ¿Qué me decía usted?

—Está muy preocupado —sonrió la chica.

—Sí, es cierto.

—Si se pueden conocer los motivos... aunque me imagino que la señora Parr tiene algo que ver en este asunto. ¿Eh?

Pelham lanzó la pluma a un lado y se recostó en el sillón.

—Usted tiene rayos X en la mirada —sonrió.

—Se le ve en la cara —dijo Danny con simpática sonrisa—. ¿Acaso la señora Parr tiene algo que ver con la muerte de Garrish?

—Por supuesto que no, aunque la policía fue a visitarla, a fin de interrogarla sobre las amistades de su difunto esposo y pariente lejano de usted. Danny. Pero...

—Ah, hay un pero.

—En efecto. Garrish debía a Parr sesenta y cinco mil libras, que ahora Maxence piensa reclamar, ya que no había querido pagárselas en vida.

—¿Alguna deuda con mi difunto pariente?

—Parece que sí. Maxence, incluso, consultó con un abogado, el cual le dio toda la razón, ya que le aseguró ganaría el pleito, puesto que Garrish se negaba a pagar. Pero ahora, muerto Garrish, Maxence podrá reclamar se deduzca esta suma de los bienes del difunto.

—Comprendo. Pero, a pesar de todo, usted no se siente muy feliz.

—No —suspiró Pelham—. Ella es inocente, pero...

—Hay algo más, ¿verdad?

—El doctor Cremony. No me gusta.

Danny sonrió.

—¿Y a ella?

Pelham torció el gesto.

—De grado o por fuerza, demasiado —rezongó.

—A ver, explique eso, porque no lo entiendo. Si a mí me gustase un hombre, sería siempre de grado, nunca por la fuerza.

Los ojos del joven se posaron durante unos instantes en el atractivo

rostro de Danny.

—No me agrada lo que voy a decir —murmuró.

—La discreción es mi norma de vida —declaró Danny.

—Está bien… y, en cierto modo, no tiene por qué ignorarlo, ya que es pariente de la señora Parr. Maxence se ha convertido en la amante del doctor Cremony.

Danny respingó ligeramente.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó.

Pelham masculló algo entre dientes.

—En estos tiempos, se puede hablar claramente, aunque sea entre personas de distinto sexo. Conozco a alguien que los vio en la cama —dijo de malísimo humor, al imaginarse la escena que tan bien le había descrito Bella Bell.

Hubo un momento de silencio. Danny miraba con simpatía al joven.

—Eso le ha decepcionado profundamente —dijo al cabo.

—Sí —admitió Pelham con acento lleno de desánimo.

—Jefe, una mujer puede ser forzada a realizar el acto sexual contra su voluntad, lo cual se llama violación. Pero cuando alguien la ve en la cama con un hombre, no se puede decir que lo haga a la fuerza.

—¡Se puede emplear otra clase de fuerza que no sea la física! —protestó Pelham airadamente.

—En eso se equivoca usted, jefe. Si la señora Parr se ha convertido en la amante del doctor Cremony, es porque así lo ha querido.

—¡Danny!

—Ella es viuda, joven y guapa, y no tiene nada que ocultar en su vida. ¿El escándalo? No puede importarle, por tanto, Cremony no puede hacerle chantaje. A menos que…

La chica se quedó repentinamente pensativa, como si se le hubiese ocurrido un nuevo aspecto del caso.

—¿A menos que…? —repitió Pelham en vista del silencio de su secretaria.

—No, no puede ser; sería demasiado horrible, jefe.

—Vamos, muchacha, hable claro de una vez. No voy a desmayarme, aunque lo que diga sea un disparate.

—A menos que Maxence haya asesinado a su esposo y el doctor Cremony tenga las pruebas de ese crimen.

Sobrevino una pausa de silencio. Pelham se tiraba pensativamente del labio inferior.

Pensaba en lo que le había dicho Bella Bell en la intimidad del dormitorio.

Cremony había matado lentamente a Parr, en lugar de curarlo.

Miró a Danny y se lo contó. La joven se estremeció.

—Entonces… son cómplices y autores al mismo tiempo —dijo.

—¡Pero no tiene sentido matar a un marido arruinado! —exclamó Pelham.

—No, ¿eh? Oiga, han muerto dos hombres y ella ha conseguido ya más de cien mil libras. ¿Tendría ese dinero si John Parr estuviese vivo?

Pelham se puso en pie y empezó a pasearse nerviosamente por la estancia.

—¿Me permite un consejo, jefe? —consultó Danny.

—Sí, claro...

—Olvide a la señora Parr. Un hombre no puede vivir siempre pensando en la mujer que se casó con otro, sobre todo después de haberse producido ciertos acontecimientos. Resulta lamentable pensar que Maxence sea tal vez cómplice del asesino de su esposo, pero ¿qué se puede hacer?

—Pedir que exhumen el cuerpo y que se le haga la autopsia...

—¿En qué se basaría usted para esa solicitud? Ni siquiera es familiar del muerto.

—Usted sí lo es, Danny.

—Pero no pienso dar un solo paso en ese sentido. Ni mi padre lo haría tampoco. Jefe, vuelva a la realidad. Si son unos criminales, tarde o temprano acabarán descubriéndose y entonces caerá sobre ellos todo el peso de la ley. —Danny sonrió de mala gana—. Es una frase infame.

—Pero certera. Está bien, volvamos al trabajo.

*

Una semana más tarde, un tal Richard Miller recibió una extraña carta:

> **Hace algunos meses me estafaste cincuenta mil dólares, son unas inversiones de terrenos que, curiosamente, estaban cubiertos de agua cenagosa. Tienes una semana exacta para reunir ese dinero en billetes del Banco de Inglaterra y entregarlos en el sitio que te señalaré por teléfono. De lo contrario, pasado ese plazo, considérate muerto.**

La carta iba firmada por John Parr. Miller conocía bien la firma y se preocupó bastante en el primer momento, pero luego pensó que se trataba de una hábil falsificación y tiró el mensaje a la papelera.

Al día siguiente, recibió una llamada telefónica.

—Le he escrito una carta, Miller.

La voz parecía llegar desde el fondo de una sepultura, pero Miller sintió un escalofrío, porque la había reconocido.

—U... usted no es Parr...

—Sí, soy John Parr Le quedan seis días exactamente para reunir

esa suma. Cuando tenga el dinero, haga un paquete con los billetes y llévelo a mi panteón.

Miller dio un salto en su asiento.

—¿Qué? ¿Está loco?

Se oyó una risa siniestra.

—Si estoy muerto, no puedo estar loco. Dentro de seis días, el catorce, exactamente, cinco minutos antes de la medianoche, usted llevará el dinero en la forma que le he dicho y lo arrojará al interior del panteón a través de la verja. ¿Lo ha comprendido?

Sonó un «clic». Miller sacó un pañuelo y se enjugó el abundante sudor que cubría su frente.

Ciertamente, había estafado a Parr con la venta de aquellos terrenos cenagosos, pero, aparte de que no había sido el único, había olvidado el caso, puesto que sabía que Parr estaba muerto y no se le había ocurrido siquiera que podría reclamarle el dinero desde la tumba.

De pronto, pensó que se trataba de una broma pesada.

—Conque una broma, ¿eh? ¡Pues el día catorce, cinco minutos antes de la medianoche, nos vamos a divertir todos!

CAPÍTULO VI

Bella Bell salió del teatro y se sorprendió enormemente al ver a un hombre a la puerta de artistas.

—¡Rod! ¡Qué alegría verte! Creí que habrías llegado a olvidarte de mí —exclamó.

Pelham la besó en una mejilla.

—Eso es impasible —dijo—. ¿Me invitas a una copa en tu casa?

La antigua doncella agarró el brazo masculino y lo apretó fuertemente contra su cuerpo.

—A una copa y a lo que quieras —dijo ardorosamente.

—Gracias, Bella...

—Llámame Sally, me gusta más.

—Como quieras, preciosa.

Una hora más tarde. Sally se desperezó lánguidamente y estiró los brazos desnudos. Mientras, Pelham encendía dos cigarrillos, de los que uno fue a parar a los labios de la artista.

—Eres maravilloso, querido —suspiró ella.

—Y tú eres encantadora. Estar aquí, a tu lado, es mucho mejor que verte actuar en el escenario.

Sally soltó una risita.

—Sí, esto es más real... real como la vida misma —dijo. De pronto, se sentó en la cama y miró fijamente al hombre que yacía a su lado—. Pero tú no has ido a buscarme sólo por... simpatía.

—Tienes razón, Sally —admito él—. Estoy preocupado.

—A causa de la señora Parr.

—Sí.

—¿La amas todavía?

Pelham emitió un gruñido.

—Me siento desconcertado —repuso.

—Eso significa que todavía estás enamorado...

—¡No! —cortó él—. Si fuese así, la habría visitado a diario, aun antes de que tú me dijeses lo que sucedía. Ya estaría tratando de hacer que olvidase a su esposo, ¿comprendes?

—Para eso ya tiene al doctor Cremony —dijo Sally irónicamente.

—Ya, ya, pero mi postura es otra. Sally, aunque no te lo creas, aprecio muchísimo a Maxence. Admitiré que si me hubiese casado con ella, estaría tan enamorado como el primer día, pero sigo sintiendo hacia ella un gran aprecio. Ignoro cómo lo ha conseguido, pero lo cierto es que Cremony la tiene subyugada de un modo absoluto.

—Algunos hombres, cuando hacen una conquista, lo consiguen todo: el cuerpo y el alma —dijo la joven con acento sentencioso.

—No, aquí hay algo más...

Pelham relató lo sucedido en la residencia de Maxence. Al terminar, Sally parecía muy preocupada.

—Ese doctor Cremony no me gustó jamás. Siempre lo vi como un pájaro de mal agüero. A veces, parecía el dueño de la casa...

—Y te perseguía por los pasillos —sonrió Pelham.

—Pues no, nunca insinuó siquiera un pellizco y yo no le busqué tampoco, no vayas a creer. Me repelía, ¿sabes?, y eso que, bien mirado, es un hombre guapo... Pero, a veces, me parecía un demonio.

—¿Cómo entró en Eltham Manor?

—No recuerdo bien... Fue hace un año, quizá algo más. El señor Parr vino un día con él; lo había invitado a pasar el fin de semana en su casa... Yo serví la cena; por lo visto, Parr iba a entrar en sociedad con Cremony, para la explotación de una fórmula medicinal que había ideado el propio doctor.

—¿Qué decía Maxence?

—Nada. Si hubiese tenido diez millones y se los hubiese pedido su esposo para pasearse por las calles de Londres, repartiéndolos desde lo alto de un autobús de dos pisos, se los habría dado sin vacilar. Estaba loca por él y hacía todo lo que quería, ¿comprendes?

—Es decir, Maxence entregó el dinero que su esposo precisaba para la inversión.

—Supongo que sí.

—¿Qué más, Sally?

—Bueno, unas semanas más tarde, Parr se sintió enfermo. Un catarro sin importancia o algo por el estilo. Yo sé que ella llamó al doctor Cremony, por indicación de su esposo... y a partir de este momento Cremony se convirtió en el hombre indispensable en Eltham Manor.

—Y Parr no sólo no mejoró, sino que empeoró.

—Hasta «diñarla». —Sally dejó el cigarrillo en el cenicero y se volvió hacia su acompañante—. ¿Quieres mi opinión sincera acerca de la señora Parr?

—Te lo agradeceré.

—Es una mujer débil, no tiene voluntad. Cualquiera podría manejarla como si se tratase de una marioneta. Su esposo la estafó hasta arruinarla y ahora Cremony... La verdad, no sé qué puede pretender ese diabólico sujeto. Pero no puede ser nada bueno, te lo aseguro.

Pelham asintió pensativamente.

—El problema estriba en que no se puede pedir que se haga la autopsia del cadáver de Parr —murmuró.

—¿Se conseguiría algo positivo?

Pelham guardó silencio unos momentos. Luego sonrió y miró a

Sally, quien continuaba en la misma posición, sentada a su lado.

—Estás muy lejos de mí —dijo.

—Entonces, voy a acercarme todo lo que pueda —rió la joven.

*

—Le invito a pasar el fin de semana conmigo —dijo Danny.

Pelham parpadeó. Ella vio su cara de asombro y se echó a reír.

—No piense mal —añadió—. Quiero decir, en mi casa, con mis padres.

—Ah…

—Les he hablado mucho de usted y tienen interés en conocerle. Pero siga sin pensar mal; no se vaya a creer que es una encerrona para conseguir que se case con la hija de Edward y Millicent Parr.

—Nunca se me ocurriría pensar una cosa semejante, Danny —dijo el joven—. Si yo quisiera casarme con usted, porque me habría enamorado, naturalmente, lo primero que haría sería confesárselo. Luego, claro, iríamos a visitar a sus padres.

—Usted, en el fondo, sigue enamorado de la señora Parr —contestó Danny críticamente—. Pero es precisamente por ese motivo por lo que mis padres me dijeron le invitase a pasar el fin de semana en casa.

—Iré con mucho gusto, Danny. Y, si le parece, podemos hacer el viaje en mi coche.

—Encantada —sonrió la chica—. ¿Me permite que les llame para avisarles que iremos el viernes por la tarde?

—Claro.

Momentos más tarde, Danny estaba hablando con su madre…

—Sí, iremos el viernes, día doce. Hasta la vista, mamá.

Danny colgó el teléfono y tomó de nuevo la libreta y el lápiz.

—Bien, y ahora, a lo principal, que es el trabajo —exclamó alegremente.

*

Fue un fin de semana muy agradable para Pelham, quien, a pesar de que el nombre de Parr se tocó mucho en las conversaciones, llegó a olvidar en gran parte su preocupación sobre el tema. Pelham encontró encantadores a los padres de Danny y, al despedirse de ellos, prometió volver de nuevo.

—Si no lo consideran un abuso —dijo, a la vez que estrechaba la mano de la madre de Danny.

—Será un placer, muchacho —contestó Millicent Parr.

Cuando abandonaban la casa de los Parr era ya un poco tarde, puesto que hacía rato habían dado las diez de la noche. Pelham se sentía bastante confortado, porque habían sido unas jornadas muy agradables.

Durante un buen rato, Pelham y Danny charlaron animadamente, mientras la carretera se deslizaba a ambos lados del doble haz de luz

de los faros del coche. Luego, poco a poco, la conversación fue languideciendo.

Danny, incluso, durmió un poco, con la cabeza apoyada en el respaldo del asiento. Al cabo de un buen rato se despertó y consultó la hora en el reloj del tablero de instrumentos.

—Van a dar las doce —murmuró—. Debiéramos haber salido antes de casa...

—No tenemos ninguna prisa. Mañana, quédese en la cama hasta que le apetezca.

De pronto, Danny se irguió en el asiento.

—Eh, esa carretera es la que conduce a Barleyhurst —exclamó.

—Sí, ya lo sé. Y un poco más adelante, está el cementerio y, a cosa de una milla, Eltham Manor.

Pelham refrenó la marcha del automóvil.

—Apostaría algo a que quiere echar un vistazo a la tumba de John Parr —sonrió.

—¿Se atrevería usted?

—Los muertos no me causan miedo, Danny.

—Entonces, ¡adelante, jefe!

—Deje ya de llamarme jefe y acuérdese de mi verdadero nombre.

—Sí, Rod.

El coche se desvió hacia la izquierda. Minutos más tarde, cruzaban el pueblo, dormido y silencioso.

—Usted asistió al entierro —dijo Pelham.

—Sé dónde está el panteón familiar de los Parr —aseguró la chica.

Un poco después, Danny movió la mano.

—Aquí, Rod.

Pelham frenó. Al apearse, después de haber apagado las luces del coche, divisó otro automóvil parado a poca distancia, al que los faros no habían hecho visible debido a estar situado al otro lado de la curva.

—Mire, Danny —murmuró.

—¿Quién podrá ser? —preguntó a media voz.

Pelham había sacado una linterna de la guantera. Resuelto, se fue hacia el otro vehículo y enfocó la lámpara en su interior.

—Aquí no hay nadie —dijo, al regresar junto a la muchacha.

Danny levantó la vista hacia la cumbre de la pequeña eminencia, en donde se hallaba el cementerio de Barleyhurst.

—Empiezo a sentir miedo...

Pelham echó a andar con paso firme.

—Quédese —ordenó.

Pero Danny no le hizo caso.

—Tendré más miedo si me quedo sola —aseguró, a la vez que, aprensiva, agarraba el brazo izquierdo del joven con la mano derecha.

Algunas nubes corrían lentamente por el cielo, ocultando de cuando en cuando a la luna, casi en plenilunio. De repente, el cielo se despejó y el panteón de los Parr quedó claramente iluminado por la luz del satélite.

Entonces, Danny lanzó un agudo grito de terror.

Pelham quedó inmóvil, como si le hubieran clavado los pies a la tierra. Con ojos muy abiertos, invadido por un morboso asombro, contemplo el cuerpo que yacía frente a la entrada del panteón.

En el centro de la espalda del caído se veía asomar el mango de un cuchillo. Su mano derecha estaba extendida hacia adelante, casi rozando la base de la puerta enverjada.

El suelo era de tierra, limpio de hierbajos. A la luz de su lámpara, Pelham pudo ver algo que le hizo sentir un agudo escalofrío.

El mensaje estaba escrito sobre la tierra, evidentemente con la yema del índice:

HA SIDO JOHN PARR

*

El inspector Kewnell llenó una taza de té y se la ofreció a Danny. Luego ofreció otra a Pelham.

—Resulta curioso que se les ocurriese hacer una visita a la tumba de John Parr a medianoche —dijo el policía.

—También resulta difícil de creer, pero nos entró curiosidad —contestó Pelham—. Ahora bien, si duda de nosotros, puede llamar a casa de los padres de la señorita Parr y comprobar que hemos pasado allí el fin de semana. Nos han presentado a algunos vecinos...

—Ella, por lo visto, es pariente del difunto.

—Mi tatarabuelo tuvo dos hijos y éstos se casaron, pero las ramas se separaron y el parentesco fue diluyéndose —explicó la muchacha—. Yo nunca traté a John Parr y mi padre lo vio un par de veces en toda su vida, aunque, por supuesto, al enterarse de su muerte, asistió al entierro. Yo también estuve presente.

El interrogatorio tenía lugar en la pequeña comisaría de policía de Barleyhurst. Tanto Pelham como la muchacha se sentían muy fatigados debido a haber pasado la noche en vela.

Un hombre entró y entregó algo al inspector Kewnell. Después de leer la nota escrita, el policía se encaró de nuevo con la pareja.

—El muerto se llamaba Richard Sandy Miller —dijo—. ¿Lo conocían ustedes? ¿Oyeron hablar alguna vez de él?

Kewnell recibió una doble respuesta negativa.

—Miller no era lo que se dice precisamente un santo, si bien, hasta ahora, no se había visto en la precisión de enfrentarse con un juez. Pero era un especulador de muy mala fama, aunque, por lo visto, también muy hábil, ya que nunca se le pudo pillar con las manos en la masa —agregó el policía.

—Todo eso está muy bien, inspector —dijo Pelham—. Pero ¿qué diablos podía hacer en el cementerio a la medianoche?

—¿Y qué hacían ustedes? —sonrió Kewnell.

Danny se sonrojó. Pelham se mordió los labios.

—Bueno, inspector —dijo, tras una corta pausa—, creo que ya es hora de que lo sepa. Sospecho que Parr pudo haber muerto asesinado.

Kewnell arqueó las cejas.

—¿En qué basa sus sospechas, si puede saberse? —inquirió.

—Oh, no sé decirle a ciencia cierta... ¿Por qué no interroga usted al doctor Cremony?

—¿Quién es ese médico?

—Trataba a Parr durante su enfermedad. Yo... yo conozco a una joven que fue doncella en Eltham Manor... y ella me asegura que el doctor Cremony, en lugar de curar a su paciente, lo que hizo fue matarlo lentamente.

Kewnell hizo un gesto despectivo con las manos.

—¡Bah, habladurías de sirvientes! —dijo.

—A esa doncella la despidieron por...

Pelham se interrumpió. Le dolía tener que divulgar ciertos hechos de la vida privada de una mujer a la que había amado intensamente y a la que aún seguía apreciando, pero también pensaba que no podía seguir eternamente callado.

—Bueno, la despidieron porque se enteró de que la viuda de Parr y el doctor Cremony eran amantes —dijo de mala gana.

Kewnell se echó a reír.

—Amigo mío, es usted un auténtico ingenuo. Podría citarle centenares de casos semejantes...

Pelham se sulfuró.

—¿Ah, sí? Inspector, dígame usted, ¿cuántos casos conoce del médico que asesina a su paciente y luego se convierte en amante de la viuda? Y, si no me cree, ¿por qué no solicita de un juez la pertinente autorización para que se haga la autopsia al cadáver de John Parr?

A Kewnell parecieron impresionarle mucho aquellas palabras.

—Bueno, no existiendo unas sospechas muy fundadas... La viuda podría negarse, a menos que se formulase una acusación en regla. Y, ¿cómo hacerlo, sin la menor base? ¿Sólo por los recelos de una doncella, tal vez de mente calenturienta o acaso despechada porque su señora le ha birlado al amante?

—Señor Kewnell —intervino Danny—, creo que mi jefe y yo estamos perdiendo el tiempo. Usted no nos ha acusado de la muerte de Miller y sabe positivamente que no lo hemos hecho. Estamos cansados, ¿sabe?

—De acuerdo —concedió el policía, reticente—. Váyanse; ya volveré a interrogarles. Pero usted, señor Pelham, antes de nada, deme

la dirección de la sirvienta despechada.

—Trabaja en el Eros 800, con el nombre artístico de Bella Bell —contestó Pelham.

Al regreso de nuevo al coche, Danny lanzó una sarcástica carcajada.

—De modo que es aficionado a frecuentar cierta clase de espectáculos —dijo—. Nunca pude imaginarme que fuese tan depravado…

—Sólo estuve en una ocasión y fue para acompañar a un amigo que había venido a Londres, por negocios. En realidad, fue él quien me llevó al Eros 800, Danny.

—Vaya un nombrecito —comentó la chica—. Y ¿qué hace la señorita Bella Bell, aparte de, supongo, desnudarse en público?

—Pues… sólo hace eso —respondió Pelham.

—Es usted muy mal mentiroso. ¿De qué conoce a la artista?

—No lo ha comprendido aún. Era la sirvienta de Maxence Parr, la misma que la sorprendió en la cama con el doctor Cremony.

—Y ella es la que le ha dicho…

—Sí, y aunque me duela mucho, yo le creo.

—Aunque disculpa a Maxence, sometida por artes demoníacas a la voluntad de Cremony.

—Podría ser, ¿no le parece?

Danny se reclinó en el asiento.

—Podría ser, en efecto —convino—. Pero ¿me permite una sugerencia?

—Claro —accedió Pelham.

—Investigue la vida y milagros de Cremony.

CAPÍTULO VII

Aquella noche, al retirarse a su casa, Sally creyó notar que era seguida por alguien.

Un tanto nerviosa, se volvió en más de una ocasión. Las calles estaban desiertas, con el suelo brillante por la humedad, y era la hora propicia para los asaltos salvajes y los asesinatos. Una de las veces, al volver la cabeza, creyó ver a un hombre que se escondía en un portal.

Llena de pánico, alcanzó por fin su casa, y se encerró con doble vuelta de llave, candado y cerrojo de refuerzo. Al verse en lugar seguro, respiró aliviada.

Durante unos segundos, permaneció apoyada en la puerta, mientras procuraba calmarse. De pronto, creyó escuchar unos paso lentos en el corredor.

Sally apagó la luz instantáneamente. Por un momento, pensó en llamar a la policía, pero desistió en el acto. ¿Qué podría alegar? ¿Haber tenido miedo de algún vecino que regresaba tarde a su casa?

Los pasos cesaron justo frente a la puerta. Sally se puso una mano en el pecho.

Alguien tocó el picaporte exterior, pero fue un ligero roce apenas. Luego, el hombre se alejó con pasos tardos.

Sally pensó en abrir la puerta, para tratar de ver quién era el individuo, pero desechó la idea instantáneamente. Quizá era eso lo que quería el hombre. Las historias de mujeres que vivían solas, atacadas por sádicos individuos que cometían con sus víctimas los peores ultrajes antes de asesinarlas, acudieron a su mente en el acto.

Tras la puerta se sentía en seguridad. Si el sujeto intentaba forzarla, haría ruido. Y ella podría llamar a la policía.

Al cabo de unos momentos, sin encender la luz, se arriesgó a caminar hacia la ventana. Pegada a uno de los lados, miró hacia la calle.

Un hombre salía en aquel momento de la casa. El apartamento de Sally estaba en la segunda planta y podía divisar las cosas con todo detalle. El hombre cruzó la acera, como si fuese a pasar al otro lado de la calle, pero cuando ya estaba en el borde, se volvió hacia el edificio. Su cara quedó directamente bajo el resplandor de un farol.

Sally lanzó un grito de terror. Los dientes del individuo brillaron en una siniestra sonrisa. Luego, volvió a girar y se alejó lentamente, mientras la joven permanecía en el mismo sitio, inmóvil, paralizada por el miedo.

*

El teléfono sonó insistentemente. Por un momento, Pelham creyó

que era el despertador, pero, al abrir un ojo y mirar la esfera luminosa, vio que no habían dado aún las tres de la madrugada.

El teléfono seguía sonando. Pelham lanzó una maldición entre dientes. Al fin, estiró el brazo.

—La maldición de los dioses caiga sobre el osado que me despierta a una hora tan inconveniente...

—¡Rod! Soy Sally —oyó el joven un agudo chillido.

—Oh, Sally, buenas noches... O quizá ya buenos días... —bostezó aparatosamente—. ¿Qué te sucede? ¿Estás insomne?

—Rod, acabo de ver a John Parr.

Pelham calló unos instantes. Luego dijo:

—Sally, tómate un par de aspirinas y una taza de café bien cargado. Verás qué pronto se te pasa...

—¿Acaso-crees que estoy borracha? ¡Por el amor de Dios, estoy hablando completamente en serio! Te lo juro. ¡He visto a John Parr!

Pelham se sentó en la cama.

—Está bien —dijo—. Te noto un poco asustada...

—¿Un poco asustada? —Sally emitió una amarga carcajada—. ¡Estoy muerta de miedo!

—Pero, ¿no has podido equivocarte...?

—Escucha, la ventana de mi sala está a menos de seis metros de la calle. Enfrente hay un farol. Parr estaba allí...

—Bien, no te muevas. Voy a vestirme y acudiré lo más pronto que pueda. No abras a nadie, ¿estamos?

—Rod, yo estaré en la ventana. Ponte debajo del farol para que te vea antes de que subas al piso. Así sabré que eres tú el que llama a la puerta.

—De acuerdo, nena. Y tranquilízate, por favor.

Pelham colgó el teléfono y encendió la luz. Maldiciendo entre dientes, empezó a vestirse.

Sally había tomado una copa de más, no cabía la menor duda. Probablemente no se había emborrachado, pero el alcohol había originado en ella una pesadilla, que había confundido con la realidad. Sin embargo, era una buena chica y no podía abandonarla en aquellos momentos.

Diez minutos más tarde, se sentaba ante el volante de su automóvil.

*

El hombre abandonó su paso lento y aceleró, aunque sin llegar a correr. Poco más tarde, se detuvo junto a un coche, parado, con las luces apagadas, en cuyo interior había un individuo vestido de negro y, a pesar de la hora, con unas grandes gafas oscuras.

—Ya está —dijo.

—Bien, entonces devuélvame la máscara —pidió el conductor.

—Un momento, todavía no me ha pagado.
—Oh, perdone.
El conductor metió la mano en el bolsillo, mientras el otro, con las manos, forcejeaba para quitarse la máscara que alteraba por completo sus facciones.
—Ha sido todo un éxito —dijo, riendo, mientras lanzaba la máscara al asiento delantero—. A estas horas, debe de estar muerta de miedo.
—¿Le ha visto bien?
—Perfectamente. Estuve siguiéndola desde que salió del Eros 800 hasta su casa. Luego subí hasta el apartamento, aunque no llegué a entrar, claro. Pero pisaba fuerte y lento, para que oyera los pasos. Después, salí a la calle y me situé bajo el farol, con la cara vuelta hacia la ventana.
—Ella estaría viéndole, supongo.
—Sí, desde luego.
—Está bien, es más que suficiente.
—Oiga, aún no me ha pagado…
—Ahora mismo, hombre.
El falso John Parr alargó la mano, pero entonces vio algo que brillaba en el interior del vehículo. Un revólver con silenciador emitió un discreto fogonazo.
El conductor tiró primero al cuello. Su segundo disparo fue dirigido al corazón. Luego dejó el revólver a un lado y dio el contacto, alejándose de aquel lugar sin volver la cabeza una sola vez para contemplar el cuerpo que yacía de bruces sobre la acera.

*

Los dientes de Sally tintinearon al chocar contra el borde del vaso.
—Te lo juro, Rod, era él… Pregunta mañana si quieres en el Eros 800… En toda la noche no he probado una sola gota de alcohol… Dos botellines de tónica y una taza de té, eso es todo lo que he tomado…
—Está bien, está bien —dijo Pelham, tratando de calmar a la aterrorizada joven—. Cuéntamelo todo, desde el principio.
—Ese hombre está vivo… No sé cómo lo hizo el maldito doctor Cremony…
—Sally, ¿por qué había de simular Cremony la muerte de Parr? —exclamó Pelham—. Todo lo contrario, si quería conseguir a Maxence, lo lógico era asegurarse de que el esposo estaba muerto, ¿no te parece?
—Algo muy raro ocurre… Yo estoy muerta de miedo…
—Cálmate, por favor. Alguien ha querido atemorizarte, eso es todo.
—Pero ¿por qué? ¿Qué he hecho yo a nadie? Vi a Cremony y a la señora Parr juntos en la cama, y eso no es nada que merezca un odio

semejante. Si se gustan, allá ellos, ¿no crees?

Pelham frunció el ceño. El intento de atemorizar a Sally Burns tenía un motivo oculto, pero no se le alcanzaba cuál pudiera ser.

—A menos que…

Ella le miró con ansia.

—Dime, Rod —solicitó.

—A menos que quisiesen que tú lo vieses y que me lo hicieras saber a mí. Pero eso significaría que me siguen —murmuró él pensativamente.

Se paseó por la sala. El suceso resultaba incomprensible, salvo por el hecho de que alguien había simulado ser John Parr.

—Están cometiendo unos crímenes y quieren echarle la culpa a un difunto.

—¡El criminal es Cremony! —exclamó Sally impetuosamente—. ¡Él envenenó al señor Parr!

—Si Parr está muerto realmente, entonces el que tú viste no era sino un doble. A menos que creas en los fantasmas.

—Ya no sé ni qué pensar, Rod. Lo único que puedo decirte es que estoy muerta de miedo y que me voy a mudar de casa y que nadie va a saber dónde me escondo hasta que se pase todo.

—A mí sí me dirás dónde piensa ir, ¿verdad?

Sally apuró el contenido del vaso.

—Te llamaré por teléfono y, desde luego, estaré muy lejos de Londres —aseguró.

—Está bien. Te acompañaré… ¿Cómo piensas marcharte, Sally?

—No te preocupes más por mí. Alquilaré un coche. He ganado algún dinero en estos tiempos. Lástima, ahora que empezaba a adquirir fama… Pero prefiero seguir viva a morir famosa, ¿comprendes?

—Muy bien, de todos modos me quedaré aquí hasta que te vayas. Por lo menos, dejarás que te lleve hasta la agencia de alquiler de coches.

Era lo menos que podía hacer por una mujer que le había proporcionado tan buenos informes, aparte de haberse mostrado muy cariñosa con él, pensó.

En la calle se oyó de pronto el sonido intermitente de un coche policial. Curioso, Pelham se acercó a la ventana.

Casi al pie de la casa había un guardia. El coche se detuvo junto a él.

—Tres manzanas más adelante, señor —indicó el guardia—. Ya hay una patrulla junto al cadáver… Dos tiros, señor…

Pelham corrió las cortinas y se volvió hacia Sally.

—Han asesinado a alguien —dijo.

—Pobre hombre, quienquiera que sea —suspiró la joven.

*

Danny parpadeó asombrada al ver llegar a Pelham a su casa cerca de las diez de la mañana.

—¿De dónde sale tan tarde? —exclamó—. Es decir, si puede saberse…

—Se puede saber —sonrió el joven—. Bella Bell me llamó a las tres de la madrugada.

—¿Algo especial que no podía decirle por teléfono?

—Sí. Vio a John Parr.

Danny se puso seria.

—Rod, eso es una broma, ¿verdad?

—No. Bella… es decir, Sally Burns, la antigua doncella de los Parr, vio a su difunto amo. Incluso llegó hasta el pasillo y hasta tocó el pomo de la puerta, como si quisiera entrar en su apartamento, pero no intentó forzarla. Personalmente, pienso que alguien quiso darle un susto, disfrazándose como John Parr, pero ella se lo tomó muy a pecho y por eso me llamó.

—De modo que alguien se hizo pasar por Parr —murmuró Danny.

—Sí, y ahora resulta evidente que esos asesinatos han sido cometidos por alguien que quiere aprovecharse de un muerto para hacerle cargar con las culpas.

—El doctor Cremony, sin duda.

—No. Podría pasar en lo referente a la estatura, pero hay algo que es imposible disfrazar. Si fuese al revés, todavía podría hacerse…

—Vamos, Rod, no lo demore tanto. Dígalo de una vez.

—El torso, Danny. Cremony tiene un tórax de atleta y Parr era esbelto, delgado… Aunque se pusiera una máscara que reprodujese exactamente las facciones del difunto, no engañaría a nadie que lo conociese medianamente bien, como sucede con Sally. Y el hombre que vio Sally era alto y delgado, no alto y fornido.

—Comprendo…

El teléfono sonó en aquel instante. Danny lo levantó, escuchó unos segundos, y luego lo tendió a Pelham.

—Para usted; es el inspector Kewnell.

Pelham tomó el aparato.

—¿Inspector? Me agrada oír su voz —dijo, cortés.

—Gracias, es usted muy amable. Quiero decirle algo importante, ya que usted parece mostrar cierto interés en el caso de las víctimas de un muerto.

—Usted se refiere a John Parr, sin duda.

—Por supuesto. Hemos encontrado en la casa de Miller una nota en la que Parr le pedía cincuenta mil libras, que debía entregar el día catorce, cinco minutos antes de la medianoche, en el panteón familiar.

—Una falsificación, sin duda.

—En todo caso, muy bien lograda. Los expertos en caligrafía están en ello.

—¿Se sabe si Miller llevó el dinero?

—Seguramente, porque hemos investigado en su Banco y, sí, extrajo de su cuenta esa cantidad. Pero, por lo visto, debió de ir preparado, porque llevó consigo una pistola y ésta no ha sido encontrada.

—Es decir, Miller pensaba encontrarse cara a cara con el tipo que se hace pasar por John Parr y pegarle cuatro tiros.

—Supongo que ésas eran sus intenciones, pero, por lo visto, Parr se le anticipó.

—Saliendo de la tumba y atacándolo por detrás, ¿no? —dijo Pelham sarcásticamente.

—No se ría usted, amigo mío —pidió el policía—. Las huellas encontradas en el mango del cuchillo pertenecen a Parr.

—Y como en la anterior ocasión, no hay tampoco rastros de transpiración.

—No.

—Luego, entonces, alguien se hace pasar por John Parr.

Kewnell suspiró.

—¿Quién? —dijo.

—No sabe cuánto me gustaría poder darle una respuesta —manifestó Pelham.

CAPÍTULO VIII

De pronto, cuando menos se lo esperaba, Sheila Watts hizo su aparición en el apartamento de Pelham.

Danny estaba pasando a limpio unos apuntes y abrió la puerta. La muchacha se sorprendió al ver a la hermosa visitante, no menos que ésta de ver a una mujer en un lugar en donde esperaba hallar solamente a su dueño.

—Oiga, ¿quién es usted? —preguntó Sheila.

—Miss Parr, secretaria del señor Pelham —respondió la chica cortésmente—. ¿Puedo servirle en algo, señora...?

—Watts —dijo la visitante, mientras jugueteaba displicentemente con la cola del zorro plateado que se enroscaba en torno a su cuello—. Anúncieme al señor Pelham, es decir, si está en casa.

—Está en casa, señora Watts. Siéntese, tenga la bondad.

Sheila hizo un gesto de asentimiento, mientras Danny pasaba al gabinete de trabajo. Sin abandonar su aire de displicencia, abrió su bolso y sacó una costosa pitillera y una boquilla de un palmo de largo.

Pelham salió a los pocos minutos y se quedó parado al ver a Sheila.

—Oye, pareces una espía de película —dijo.

—Me han invitado a un cóctel —contestó ella—. ¿Estoy bien?

Pelham contempló durante unos instantes a la visitante. Sheila vestía un traje negro, cuya falda terminaba a cinco centímetros por encima de las rodillas, con el escote hasta la cintura y sin espalda. Ella se quitó la estola de piel y dio una vuelta sobre sí misma, como si quisiera lucirse ante el único espectador que tenía en aquellos momentos.

—Maravillosa —dijo Pelham al cabo—. Pero lo siento; no puedo acompañarte.

—La secretaria, ¿eh? —exclamó Sheila con sorna.

—La secretaria es... eso estrictamente: secretaria. Si me hubieras avisado con tiempo, tal vez...

Sheila le miró críticamente.

—Puede que tu secretaria sea sólo eso, pero me tienes abandonada desde hace tiempo. Si no te apreciara tanto, me callaría.

—¿Callar? ¿Qué, Sheila?

—Algo que te puede interesar en el caso de John Parr.

Pelham se acercó al bar.

—Siéntate, voy a servirte una copa —dijo.

—La mitad de la dosis habitual; tengo que conducir y no siento el menor deseo de echar el aliento en un aparatito de ésos que miden la cantidad de alcohol en la sangre.

—Muy bien, pero habla. ¿Qué sabes sobre el asunto?

—¿Has leído los periódicos? Hace dos noches asesinaron a un tipo de dos balazos. A las tres de la mañana, más o menos.

Pelham frunció el ceño. ¿Era el asesinato de que había oído hablar desde la ventana de la casa de Sally?

—¿Lo conocías? —preguntó, al entregar la copa a su visitante.

—Se llamaba Peter Cavendish y, en tiempos, adquirió cierta celebridad con sus imitaciones de personajes célebres. «Doblaba» las voces con bastante arte y, además, sabía disfrazarse muy bien. Claro que usaba máscaras en algunas ocasiones, y también rellenos si tenía que aparentar un personaje grueso... Él era muy delgado, ¿sabes?

—Creo que voy comprendiendo. Tú opinas que Cavendish ha estado haciéndose pasar por John Parr.

—Exactamente, Rod.

—Pudiera ser, pero, en todo caso, ¿por qué lo han asesinado?

—Bien, hace algún tiempo, Cavendish, que también fue mi pretendiente aunque no consiguió nada, tuvo un lío con la querida de su empresario y éste lo puso de patitas en la calle, aparte de propinarle una buena paliza. El empresario era un tipo rencoroso y le hizo la vida imposible, quiero decir que se esforzó para que nadie le diera trabajo.

—Ya. Sigue, por favor.

—Para mí, alguien contrató a Cavendish para que se hiciera pasar por John Parr. Naturalmente, a cambio de una cantidad de dinero. Pienso que es posible que Cavendish pidiera luego más «pasta», y recibiese plomo, en lugar de billetes del Banco de Inglaterra —Sheila, no sabes cuánto te agradezco la información. Y alguien más te la va a agradecer muchísimo.

La joven sonrió.

—¿Quién, cariño?

Pelham levantó el teléfono.

—El inspector Kewnell, del Yard.

Sheila dio un respingo y se apresuró a bajar la horquilla con la mano.

—No quiero nada, con los «polis» —dijo—. Luego todo son líos, ¿comprendes?

—¿A qué temes, Sheila? —sonrió Pelham.

—Prefiero que no menciones mi nombre. Dile que... una vez viste actuar a Cavendish y que supones que él pudo haber desempeñado el papel de John Parr. ¿Eh, Rod? ¿Lo harás así?

—Está bien, como quieras.

Sheila se puso en pie, a la vez que señalaba con la cabeza hacia la puerta del despacho.

—Es guapita —dijo.

—No se puede comparar contigo y, además, se va a casar muy pronto y me dejará. Tranquila, Sheila.

—Lo estaría más si ella tuviera cincuenta años, en lugar de veintiuno o veintidós —se lamentó la visitante.

Pelham sonrió, pero no dijo nada. Al quedarse solo, levantó el teléfono y habló con el inspector Kewnell.

—Ya había pensado en esa posibilidad —dijo el policía—, pero hay algo que creo exculpa a Cavendish por completo.

—¿Sí, inspector? ¿De qué se trata?

—El mensaje dirigido a Miller. Es auténtico. No cabe la menor duda de que fue escrito por Parr.

Pelham se quedó sin habla.

—Pero… eso es imposible. Murió hace meses…

—Claro que lo sé. Pero, ¿qué me dice de alguien que preparase el plan, incluso haciéndole escribir los mensajes cuando todavía estaba vivo?

—Eso se contradice con lo que acaba de referirme respecto a Cavendish, inspector. Estoy seguro de que Cavendish se hizo pasar por Parr.

—No, Cavendish no fue.

—¿Cómo lo sabe tan seguro, inspector?

Kewnell se quedó cortado un instante. Él mismo se daba cuenta de la contradicción en que había incurrido.

—Lo averiguaré —dijo al cabo.

—En su lugar yo haría otra cosa —aconsejó el joven.

—Dígame, por favor, señor Pelham.

—Investigar si John Parr murió de muerte natural o fue asesinado.

Pelham colgó el teléfono con aire malhumorado. Buscó tabaco y encendió un cigarrillo.

La voz de Danny sonó en la puerta del despacho.

—Parece que las cosas no ruedan bien, Rod —dijo.

—Hay puntos que resultan incomprensibles.

De pronto, antes de que pudiera seguir hablando, sonó el teléfono.

Danny se apresuró a levantar el auricular. Segundos después, lo entregaba al joven.

—Es la señora Parr —anunció.

—Hola, Maxie —saludó Pelham—. ¿Sucede algo?

—¿Puedes venir, Rod? —consultó Maxence—. Tengo que decirte una cosa muy importante…

—Hay más de dos horas desde Londres a Eltham Manor —objetó él.

—Lo sé, pero… ahora estoy sola. El doctor Cremony no vendrá hasta mañana.

Pelham captó en el acto el sentido de aquella indicación.

—Está bien, me pongo en camino inmediatamente —accedió.

*

Martha, la nueva doncella, intentó impedirle el paso.

—La señora no está en casa —dijo hoscamente.

—¿Quiere conservar el empleo? —preguntó Pelham con aire lleno de impertinencia.

Martha se encogió de hombros.

—Allá ustedes —dijo—. Yo no tengo nada que ver con los líos que suceden en esta casa.

—Líos, ¿eh?

—Asquerosos —calificó la mujer crudamente, mientras se retiraba hacia las habitaciones interiores.

Maxence apareció en aquellos momentos en la puerta del saloncito íntimo.

—Ven, Rod —dijo.

Pelham avanzó hacia ella. Maxence, observó, estaba más pálida y delgada, pero ello aumentaba su belleza, si cabía.

—Aquí me tienes —exclamó él, a la vez que se apoderaba de las manos de la joven.

—Gracias, Rod; no sabes cuánto aprecio tu gesto... —Maxence cerró la puerta con todo cuidado y bajó la voz—. No quiero que Martha nos oiga. Sospecho que es una espía de Cremony.

—No me extrañaría en absoluto. Una vez te dijo que la ordenases me prohibiera la entrada en esta casa.

Maxence estaba llenando una copa y se volvió bruscamente.

—¿Cómo lo sabes? —exclamó.

—Eso no importa ahora. Maxie, ¿puedo hablarte con toda franqueza? Aunque te duela...

Ella le entregó la copa.

—Te lo agradeceré —dijo.

—Sé que despediste a Sally, pero no por dificultades económicas, sino por lo que vio cierta mañana, al entrar a arreglar tu dormitorio.

Maxence volvió la cabeza.

—Es cierto —murmuró.

—Entonces, admites haberte convertido en la amante del doctor Cremony —dijo Pelham.

—Sí.

—Maxie, tú no eres de esa clase de mujeres. A menos que yo esté equivocado...

—No estás equivocado, Rod. Soy la amante de Cremony.

Maxie inspiró profundamente y las curvas de sus senos se marcaron con firmeza al presionar contra la tela de su vestido. Amargamente, Pelham pensó en el hombre que había conseguido la posesión de aquel maravilloso cuerpo, Dios sabía por qué innobles

procedimientos.

—Pero no me entregué a él voluntariamente —añadió la joven.

—Lo creo. ¿Qué sucedió?

—E… engañamos a todo el mundo. La verdad es que el pobre John murió envenenado.

Pelham retrocedió un paso, aterrado por aquella increíble revelación.

—¿Tú? —preguntó.

—Sí. ¡Pero no fue un asesinato! —exclamó la joven con gran vehemencia—. Una noche yo me sentía muy deprimida… Había tomado unas copas de más. John no acababa de mejorar, aunque su estado era estacionario… Creo que… equivoqué la dosis de la medicina que había prescrito el doctor Cremony… A la mañana siguiente, había muerto.

—Entonces, no eres culpable, Maxie.

—Me siento culpable de no haber puesto más atención, pero no soy una asesina… Oh, ¿cómo iba a matar a John, si era lo que más amaba en este mundo, a pesar de todo lo que me había hecho? Para mí representó un choque brutal…

—Bien, pero si te equivocaste en la dosis de la medicina, ¿cómo pudo Cremony forzarte a que te convirtieses en su amante?

—Él lo supo enseguida… Por supuesto, John ya había muerto, pero dijo que extendería un certificado de muerte natural. A los tres días, ya vino a mi dormitorio.

—Y tú cediste.

Las manos de Maxence se crisparon sobre el respaldo de un sillón.

—Dijo que, si no accedía a sus deseos, pediría que hiciesen la autopsia del cadáver. Además, me forzó a escribir una confesión.

Pelham se puso una mano en la frente.

—¡Dios mío! —murmuró—. ¿Cómo pudiste ceder tan absurdamente?

—¿Qué podía hacer yo? Me sentía horriblemente acongojada, afligida, sola, completamente desvalida… Pero las cosa han llegado ya a un extremo que se me han hecho absolutamente insoportables. ¡Rod, Rod, no puedo soportarlo más! —clamó Maxence, a la vez que rompía en incontenibles sollozos—. Yo no lo asesiné. Sólo me equivoqué.

Pelham abrazó a la joven y la atrajo tiernamente hacia su pecho, a la vez que acariciaba con suavidad sus sedosos cabellos.

—Tenemos que hacer algo —murmuró.

—Si pudiera recuperar esa confesión.

—¿Sabes dónde está?

—Él tiene una casa en Londres. Yo puedo darte la dirección… Aquí no está; he buscado por todas partes.

—Pero, en el supuesto de que consiguiera encontrar ese

documento, siempre queda la amenaza de una autopsia al cadáver de tu esposo.

—Oh, eso ya no sería problema. Cremony lo dijo una vez; el medicamento se ha eliminado ya, con el paso del tiempo.

—Está bien, dame esa dirección y veré qué puedo hacer. Pero tú tienes que disimular todo lo que puedas, ¿has entendido?

—Sí, sí, haré lo que tú me digas. Oh, haría cualquier cosa, por no verle más... Cada vez que me abraza, siento una invencible repulsión... y tengo que soportar sus besos, sus caricias, la abyección que supone ser un objeto del más vil placer para ese horrible individuo.

Maxence hablaba entrecortadamente, mientras seguía abrazada al joven. Pelham pensó que aquella hermosa mujer, cuyo cuerpo se estremecía junto al suyo, había sido siempre débil de carácter, con una voluntad fácil de dominar por cualquiera que se lo propusiera. John Parr la había embaucado en todos los sentidos, conduciéndola, además, a la ruina económica, y ahora el diabólico Cremony, la había convertido en su amante merced a un repugnante chantaje. Sí, ciertamente, Maxie era digna de compasión... y de alcanzar un día la verdadera felicidad.

Todavía muy juntos, ella alzó su hermoso rostro inundado por las lágrimas. Respiraba afanosamente y tenía los labios entreabiertos. Los brazos de Pelham estaban todavía en torno a su cintura. De pronto, el joven se sintió acometido por un extraño vértigo y besó aquella boca, tantas veces besada por el doctor Cremony.

Maxence acentuó la presión de sus brazos. Pelham empezaba ya a dejarse llevar por la pasión, pero, de súbito, reaccionó y se separó un paso.

—Maxie, ahora no... —jadeó.

—Está bien —dijo ella, sonriendo dulcemente—. Pero un día seré tuya enteramente y nada ni nadie podrá separarnos.

—Sí, querida. Ah... una cosa...

—Dime, Rod.

—La verdad es que yo no poseo la menor noción de cómo se entra en una casa sin permiso del dueño. Y no voy a romper la cerradura a patadas.

—Fidelius, quiero decir, el doctor Cremony, tiene un llavero que lleva encima constantemente. Yo conozco la llave de su piso de Londres. Trataré de tomar un molde.

—De acuerdo, pero también has de hacer una cosa.

—¿Sí?

—Martha puede mencionarle mi presencia aquí.

Maxence se mordió los labios.

—Es verdad —dijo desanimadamente—. ¿Qué podemos hacer para que calle, Rod?

—Sólo hay una solución: dinero. Te daré…

Ella levantó una mano y le tapó la boca.

—No gastes un solo penique —dijo dulcemente—. Ahora, mi situación ha cambiado, como sabes. Le daré una buena suma a cambio de su silencio.

—Está bien, envíame la llave cuanto antes. Y entonces, te prometo que pronto tendrás noticias mías. Buenas noticias, querida.

Pelham sonrió.

—No tardarás mucho en verte libre de ese miserable —afirmó con rotundo acento.

CAPÍTULO IX

La entrevista, supongo, debió de resultar fructuosa —dijo Danny a la mañana siguiente.

—Mucho —admitió Pelham—. Valió la pena hacer el viaje hasta Eltham Manor.

La muchacha insertó una hoja de papel en la máquina de escribir.

—Bien, no quiero ser indiscreta —sonrió—. Pero usted parece hoy un hombre feliz.

—En cierto modo, Danny.

—A ver, explíquese. ¿O es que lo que pasó ayer en el Manor es reservado sólo a los protagonistas?

Pelham dudó un instante, aunque no tardó en tomar una decisión.

—Danny, usted es una chica muy discreta —dijo por fin—. Además, goza de toda mi confianza.

—Muchísimas gracias, Rod, pero no siga así o tendré que ahuecar las plumas de mi cola.

—Es la verdad, Danny.

—Sigo dándole las gracias. Pero, ¿qué pasó?

—Ahora sé que Maxence es inocente.

—¿Cómo?

—Bueno, ella se ha convertido en la amante del doctor Cremony a la fuerza.

—¡Caramba! ¿Es que la ata de pies y manos cada vez que...?

—¡Danny! —protestó el joven—. Esto no es cosa de broma. Cremony la hace objeto de un chantaje.

Las cejas de la chica se arquearon.

—¿Acaso ha cometido un crimen?

—Realmente... no. Sucede que Maxence se equivocó un día en la dosis de medicina y John murió por envenenamiento accidental.

Danny respingó.

—¡Demonios! Es más fuerte que lo que creía —exclamó.

—Ella estaba muy deprimida. John no acababa de curarse y aquella noche tomó unas copas de más. El alcohol fue la causa de su fatídico error.

—Comprendo. Cremony dijo que la acusaría de asesinato si ella no... ¿eh?

—Exactamente. Y, además, la obligó a firmar una confesión en tal sentido.

—¡Monstruo! Pobrecita, sujeta a los lúbricos deseos de ese miserable.

—Así es, Danny.

—Pero han pasado ya muchos meses… y la cosa sigue, Rod.

—Lo sé, pero por poco tiempo.

Danny puso un codo sobre la máquina de escribir y apoyó el mentón en la mano.

—A ver, cuénteme —pidió, mientras sonreía.

—Maxie sabe dónde está la confesión escrita, pero yo tengo que buscarla. Entonces, el poder que Cremony tiene sobre ella habrá desaparecido —¡Hum! —dijo la chica.

—Danny, ¿a qué viene ese «hum»?

—Mire, Rod, no es que yo quiera quitarle la ilusión, pero existe algo que se llama intuición, instinto femenino… Llámelo como guste, pero tenga cuidado; no se vaya a meter en un lío de mil demonios.

—¡Danny! —se sorprendió el joven—. Pero, ¿qué está diciendo?

—En primer lugar… Rod, apostaría algo a que fue una entrevista sumamente afectuosa.

—Pues, sí, es verdad. Ella estaba terriblemente afligida y yo procuré consolarla. —Pelham remoloneó un poco—. Bueno, también la besé…

—Aún le gusta, ¿verdad?

—Ella es muy desgraciada, Danny —refunfuñó Pelham.

—Quizá, pero tenga cuidado, insisto. Mire, han pasado ya un montón de meses. Es tiempo más que suficiente para librarse de una persona como Cremony, por muy atada que la tenga. Firmó una confesión, de acuerdo, pero ¿por qué no trató de engañarle? Puesto que se entrega a él, ¿por qué no aumentar su poder de seducción? Si yo estuviera en su caso y quisiera librarme de un tipo así, le engañaría con mis arrumacos hasta conseguir que un día me trajese a su piso de Londres. Incluso buscaría el modo de narcotizarle, para poder buscar a fondo… En fin, que la cosa se habría acabado ya.

Pelham frunció el ceño.

—Danny, ella es una mujer muy débil de carácter —dijo.

—No se fíe nunca de las débiles —aconsejó la chica—. Son las que luego dan mayores sorpresas… y yo, desde luego, no me fiaría ni tanto así de la señora Parr.

—Por favor, Danny, cualquiera diría que tiene usted algo en su contra —exclamó el joven, un tanto malhumorado.

—Estuve en el cementerio el día en que enterraron a John Parr, aunque no llegué a subir hasta el panteón. Me quedé abajo, en el coche, pero mi padre sí subió y saludó a Maxence. Luego, cuando volvíamos a casa, dijo que la había visto sonreír una vez. Oiga, una viuda no sonríe cuando entierran a su marido.

—Quizá fue un rictus, debido a la emoción del momento…

—Quizá. Pero no tiene sentido que le llame ahora, cuando casi ha pasado un año, cuando después de tres asesinatos, ha conseguido nada

menos que ciento sesenta y cinco mil libras, penique más, penique menos. ¿Por qué no le llamó una semana o dos después de la muerte de John, eh? La confesión estaba ya firmada...

—Y, entonces, Cremony habría pedido que hiciesen la autopsia al cadáver.

—No lo creo. También él podría haber salido perjudicado...

—Estaba ausente de Eltham Manor la noche en que murió John Parr.

—Pero era el que había recetado los medicamentos. También podría haberse visto en un buen lío. No, Rod, eso que dice Maxence no acaba de convencerme, aunque puede que yo me sienta demasiado suspicaz.

—En todo caso, podemos esperar a ver qué sucede cuando ella consiga enviarme la llave, ¿no cree?

Danny sonrió alegremente.

—Sí, lo mejor será esperar —convino—. Y, como ya hemos hablado bastante, voy a darle a la máquina o no acabaremos nunca el libro.

Pelham sonrió. ¡Qué distinta era Danny de Maxence! Y, bien mirado, también era muy bonita. De pronto, se preguntó si aún seguía enamorado de la señora Parr.

Encendió un cigarrillo y contempló las azules espirales de humo. Habría que aguardar algún tiempo antes de poder conocer con certeza sus auténticos sentimientos.

*

La llave llegó diez días más tarde, en el interior de un sobre, sin más acompañamiento que una cuartilla en la que había un breve mensaje: «¡Ayúdame, Rod! Maxie.»

Pelham hizo saltar la llave en la palma de la mano.

—Al fin la tiene —dijo Danny.

—Sí.

—¿Cuándo piensa ir?

—¿Qué le parece esta tarde?

—Usted es quien debe tomar una decisión, Rod.

—Bien, iré a la tarde.

—¿Solo?

—Claro.

Danny hizo un mohín.

—Creí que me pediría le acompañase —dijo.

—¿Vendría si se lo pidiese?

—¡Por supuesto!

—No quisiera meterla en un lío...

—No se preocupe por mí ¿Qué puede pasarnos? Una acusación por violación de domicilio... Una condena, suspendida, porque ninguno

tenemos antecedentes, o tal vez una fuerte multa... Pero merece la pena correr ese riesgo.

—Usted lo que pasa es que está muerta de curiosidad.

Danny lanzó una alegre carcajada.

—Lo admito —contestó desenvueltamente.

—Bien, entonces iremos a la tarde.

Anochecía ya cuando salían de la casa. Lloviznaba ligeramente y el asfalto estaba brillante. Los limpiavidrios producían un ruido monótono al barrer las gotas de lluvia del parabrisas.

Tres cuartos de hora más tarde, Pelham detuvo el coche en las inmediaciones de la casa de Cremony. Estaba situada en un barrio residencial tranquilo, en donde ya no se veía un alma. Las casa eran de dos pisos como máximo y no había grandes bloques de viviendas, propios de otros lugares con mayor aglomeración de habitantes.

Danny se ajustó el cinturón del impermeable al saltar del coche.

—¡Qué tiempo! —refunfuñó—. Cuando acabe su libro, me voy a tomar un mes de vacaciones en el Sur.

—Brighton, claro.

—No, Málaga. Sol, arena y agua.

—Y toros y flamenco y olé —dijo Pelham de buen humor.

—Sólo lo primero. Iré a dorarme al sol.

—Como una pescadilla en la sartén. Volverá preciosa, seguro.

Danny se volvió y le miró de una manera extraña.

—Vamos ya —murmuró.

Instantes después, Pelham insertaba la llave en la cerradura. Al abrir la puerta, encendió primero un fósforo. Frente a él, vio una ventana con las cortinas descorridas.

—No encienda la luz todavía, Danny —recomendó—. Conviene que nadie sepa que estamos aquí.

—Es una buena idea.

Pelham cruzó la estancia, corrió las cortinas y se volvió hacia la muchacha.

—Ya, Danny.

Las tinieblas se disiparon Pelham hizo una mueca de desagrado al contemplar el interior del apartamento.

Los muebles eran viejos, desvencijados en algunos casos, aparte de que no abundaban demasiado. Además, había polvo por todas partes.

La sensación de abandono era total. Danny no se sentía menos perpleja que el joven.

—¿Está seguro de que es aquí? —preguntó.

—Tengo la llave, ¿no?

—Sí, pero...

Danny se mordió los labios. Todo aquello no le gustaba en absoluto. El instinto le decía que algo no marchaba bien.

—Busque por ahí, Danny —indicó el joven, sin reparar en las aprensiones que se reflejaban en su rostro—. Yo miraré por las habitaciones interiores.

—De acuerdo.

—Y si es preciso, levante el tapizado de los sillones. No le costará mucho; está medio podrido.

—Sí, Rod.

Danny se quedó sola en la estancia. Había un mueble que, en tiempos, debía de haber sido destinado a contener botellas. Ahora estaba vacío.

La cubierta superior era de mármol y la levantó. Debajo no había más que la madera carcomida. Luego volvió los ojos hacia una consola que se hallaba en el rincón opuesto.

Abrió el primer cajón. Vacío, murmuró desanimadamente.

Volvió la cabeza. Inmediatamente, sintió que se le paraba el corazón.

La puerta se abría lentamente. Un hombre alto, delgado, de rostro cadavérico, apareció ante sus ojos.

Danny se sintió presa de un infinito terror. No había visto jamás al hombre, pero adivinó su identidad en el acto.

Y aquel extraño olor que se desprendía de sus ropajes...

La muchacha quiso gritar, pero las palabras no salían de su boca. Horrorizada, retrocedió un par de pasos, hasta que su espalda chocó contra la pared.

El hombre, por su parte, se había detenido a un metro del umbral y la miraba con ojos carentes de brillo, como si se sintiese sorprendido también de encontrarse con alguien que no debía estar en la casa en aquellos momentos. Súbitamente, antes de que Danny pudiera reaccionar, dio media vuelta y cerró la puerta.

En aquel mismo instante, sonó un grito en el interior de la casa:

—¡Danny! ¡Ya la tengo! ¡He encontrado la confesión!

Pelham salió del dormitorio y se detuvo al ver a la muchacha completamente inmóvil, con los ojos desorbitados y el rostro blanco como la nieve.

—¡Danny! ¿Qué le sucede? —exclamó—. Parece como si hubiera visto un fantasma...

Ella cerró los ojos. Sus manos estaban crispadas.

—Lo he visto —murmuró.

Sus rodillas se doblaron bruscamente. Pelham saltó hacia ella y la sostuvo por la cintura.

—Vamos, Danny, sea valiente. Cuénteme, ¿qué le ha pasado?

Los brazos de la chica se enroscaron en torno al cuello masculino. Pelham notó claramente el temblor que recorría aquel esbelto cuerpo desde la cabeza a los pies. Para tranquilizarla, le dio suaves palmadas

en la espalda.

—Vamos, vamos, cálmese —dijo—. ¿A quién ha visto, si puede saberse?

—Era... John Parr... Ha estado aquí, Rod.

Pelham se puso rígido.

—¿Por qué no me llamó? —exclamó, en tono de reproche.

—No, no podía emitir un solo sonido. Quería gritar, pero era como si de repente me hubiese vuelto muda... Oh, ha sido una visión espantosa. Incluso olía a muerto...

De súbito, Pelham soltó a la muchacha y corrió hacia la ventana. Apartó la cortina y, al mirar hacia la calle, vio que llegaba tarde.

Un automóvil se alejaba a toda velocidad. Lo único que pudo ver fueron las luces rojas de cola.

Dejó caer la cortina y se volvió hacia la chica.

—Danny, hemos de marcharnos inmediatamente —dijo.

CAPÍTULO X

Pelham apartó la cafetera del fuego y llenó un par de tazas. Danny apareció, todavía con el pelo un tanto revuelto, sin maquillaje y con los ojos rodeados por sendos círculos violáceos.

—Parece que no ha dormido demasiado bien, a pesar del sedante —dijo, a la vez que le entregaba una taza—. Tómela sin remilgos, lo he hecho muy cargado.

—Gracias. —Danny hizo un esfuerzo por sonreír—. La verdad, anoche no habría podido quedarme sola en casa. No sabe cuánto le agradezco me dejase dormir en la habitación de los huéspedes.

—Mujer, era lo menos que podía hacer —sonrió Pelham—. Estaba muy nerviosa.

—Y llena de pánico.

—Lo comprendo, aunque... ¿está segura de que era John Parr?

Danny hizo un gesto afirmativo.

—Segurísima —contestó.

—Usted no lo conocía personalmente...

—Hay una fotografía de él en casa. Papá la guardaba con las demás de la familia. A fin de cuentas, era pariente y el retrato apareció en una revista, con motivo de su boda.

—Entonces, no hay posibilidad de error. No han pasado tantos años desde que se casó con Maxence —dijo el joven pensativamente.

—No, no puedo equivocarme. Pero, Rod, ¿sabe lo que esto significa?

—Dígalo, por favor.

—Si John Parr está vivo, ¿quién fue enterrado en su lugar?

Pelham frunció el ceño. Tomó la cafetera y volvió a llenar la taza de la muchacha.

—Si John está vivo, ¿de qué le sirve esta confesión a Maxence? —dijo, a la vez que se tocaba el bolsillo interior de la chaqueta.

—Aún no la he leído —exclamó Danny—. ¿Puedo...?

—Claro.

Pelham sacó el documento y se lo entregó a la muchacha. Danny lo leyó con toda atención.

Luego, al devolvérselo a Pelham, dijo:

—Desde luego, es una autoacusación que podría tener para ella terribles consecuencias. Pero, al entregársela, ¿no destruye usted la prueba de un asesinato?

—Si John vive, no hubo tal asesinato, Danny.

—Pudieron poner a otro en su lugar...

—¿Y qué ha hecho John durante todo este tiempo? ¿Vivir

escondido, permitiendo que Cremony se refocilase con su mujer? A menos que se estableciese el clásico triángulo amoroso, lo cual resultaría ya excesivo, me parece.

—El caso es que John está vivo, porque yo lo vi anoche y él se sorprendió muchísimo de encontrarme en aquella casa. Dónde ha estado todos estos meses, qué es lo que ha estado haciendo, eso es lo que debemos averiguar.

—Lo que tendríamos que hacer es comprobar si, efectivamente, el muerto enterrado en el panteón del cementerio de Barleyhurst es John Parr.

—Sí, pero ¿quién nos daría permiso para exhumar el cadáver?

Pelham movió unas cuantas veces el papel que contenía la confesión de Maxence, como si fuese un abanico.

—Para mí, hay una cosa clara —dijo—. Una mujer ha sido víctima de dos desaprensivos. Maxence poseía una fortuna más que regular y lo perdió todo con las disparatadas especulaciones de su esposo. Luego, Cremony la ha involucrado en una infernal conspiración… y ella está aún pagando el fatal error que produjo la muerte de John.

—Aparentemente, así es, pero..

—¿Todavía lo duda, Danny?

—No sé. Ojalá me equivoque, pero pienso que Maxence no está totalmente libre de culpa en este asunto

—Claro que no, aunque ha actuado forzada y en contra de su voluntad.

—Sí, puede ser —dijo Danny, escéptica—. Pero ¿se da cuenta de una cosa? John Parr está viviendo una doble vida.

—¿Doble vida?

—En cierto modo, resulta paradójico, porque desempeña el papel de difunto y está vivo…

Danny se interrumpió. El timbre de la puerta acababa de sonar en aquellos momentos.

*

Era el inspector Kewnell.

—Me sorprende verle, y a una hora relativamente temprana —dijo Pelham, tras las primeras palabras de salutación—. ¿Puedo ofrecerle una taza de café?

—Acepto encantado —respondió el policía—. Oiga, esa chica tiene muy mala cara —observó, después de que Danny se dirigiese a la cocina en busca de la cafetera y las tazas.

—Ha pasado mala noche —contestó Pelham.

—Ah, ya, trastornos femeninos… Bueno, amigo mío, el asunto que me trae aquí es bastante delicado, aunque si he de serle sincero, también necesito ayuda —declaró Kewnell.

—Si está en mis manos, cuente conmigo.

—Se trata de John Parr otra vez.
—Oh... ¿Ha sucedido algo grave?
—No, pero puede suceder. —Kewnell metió la mano en uno de sus bolsillos y sacó una cuartilla doblada en cuatro pliegues—. Se trata de un tal Ogilvy Trawhorne, por lo visto socio de Parr en tiempos. Trawhorne recibió días atrás esta carta, en la que se le conminaba a pagar ochenta mil libras esterlinas, si quería seguir viviendo. Por supuesto, la entrega del dinero debía hacerse en el cementerio de Barleyhurst... como sucedió con Garrish.
Pelham tomó el papel. Antes de desdoblarlo, dijo:
—Estoy seguro de dos cosas: una, Trawhorne no quiere pagar. Segunda, el mensaje está escrito por John Parr.
—Sí, escrito por un muerto.
—Quizá esté vivo, inspector.
Danny entraba en aquel momento, con una bandeja en las manos.
—Yo lo vi anoche —declaró.
Kewnell abrió la boca y miró alternativamente a los dos jóvenes.
—Bromean —dijo.
—Usted ha comprobado la escritura de este mensaje y sabe que la letra pertenece a John Parr, lo mismo que el que recibió Garrish —dijo Pelham.
—¿Cuántos terrones, inspector? —sonrió Danny.
—Uno, gracias... Pero, por todos los diablos, y perdonen el lenguaje, si Parr está vivo... es que no murió.
—Obviamente —dijo Pelham.
—Entonces, fingió su muerte para cometer esos asesinatos.
—Así parece.
—Y conseguir ciertas sumas de dinero...
—Perdidas en desgraciadas especulaciones.
Kewnell dio vuelta al café con la cucharilla.
—El dinero no era suyo —murmuró.
—No, pertenecía a su esposa. Parr era un muchacho como yo, con cierto porvenir, pero no rico. Su esposa, sin embargo, le confió por entero la administración de sus bienes, dándole plenos poderes para ello.
—Y la arruinó.
—Casi por completo.
—Entonces puede que, entre los dos, hayan ideado este plan, para recobrar al menos parte de la fortuna perdida.
Pelham hizo un gesto negativo.
—En todo caso, fue idea de Parr y del doctor Cremony, el hombre que le asistió durante su enfermedad, real quizá al principio, pero luego fingida. La señora Parr fue engañada miserablemente por esos dos hombres, hasta el punto de que llegó a redactar una confesión en

la que se acusaba de la muerte de su esposo.

Kewnell tenía la boca abierta.

—¡Eso es fantástico! —exclamó.

—Mi jefe dice la verdad —terció Danny.

—Señor Pelham, ¿cómo sabe usted que existe esa confesión?

—La tengo yo, pero no sirve de nada si John Parr está vivo —respondió Pelham.

—¿Puedo verla?

—Un momento. —La mano del joven se alzó brevemente—. Según el mensaje enviado a Trawhorne, ya debía haber entregado el dinero hace casi una semana.

—Sí, justamente.

—Y no lo hizo.

—Trawhorne tiene un genio de mil diablos, aparte de que me juró que los negocios realizados con Parr fueron absolutamente lícitos. Incluso tiene documentación que lo prueba... y si en este caso Parr perdió las ochenta mil libras que reclama, Trawhorne perdió casi el doble. No hubo estafa, como parece sucedió en los casos anteriores. Lo que pasa es que el negocio no resultó y acabó en una quiebra casi total.

Pelham se acarició la mandíbula pensativamente.

—Inspector, hay algo que me gustaría hacer, antes de dar ningún paso equivocado —dijo.

—¿Qué es, señor Pelham?

—Abrir el féretro donde, supuestamente, está enterrado John Parr.

Sobrevino una tensa pausa de silencio. Kewnell se reclinó en el butacón en que se hallaba sentado, sacó la pipa y la bolsita del tabaco y empezó a llenar la cazoleta.

—Debiéramos hacerlo, en efecto —dijo al cabo.

—Y creo que debería permitirme acompañarle —pidió Pelham.

—Yo también quiero ir —exclamó Danny

—¿Usted? —se sorprendió el policía.

—Soy pariente lejano de John Parr —respondió la muchacha—. La mía es la quinta generación, al menos, del tronco común de que proceden las dos ramas: la de John y la nuestra.

—Bueno, en principio no habría inconveniente... Pero tendríamos que solicitar permiso al juez de Barleyhurst...

—Puede hacerlo discretamente, inspector —aconsejó Pelham.

Kewnell le miró a través del humo que brotaba de la pipa que sostenía con los dientes.

—Usted lo que quiere decir es que no deben enterarse en Eltham Manor —adivinó.

—Exactamente.

—Bien, pero ¿qué hay de la confesión de la señora Parr?

—Si el difunto está vivo… —sonrió Pelham, porque resultaba una frase paradójica—, la confesión no sirve para nada —Por supuesto. Pero si realmente está muerto…

—Está vivo —afirmó Danny rotundamente—. Puede que la señora Parr accediese a ser cómplice de esta simulación, pero tuvo que hacerlo a la fuerza, obligada por unos desalmados sin escrúpulos.

Pelham miró sorprendido a la muchacha.

—¡Danny! —exclamó—. Yo creí que usted la consideraba culpable.

—No del todo inocente, lo cual es muy distinto —puntualizó la chica.

—De todos modos, hay algo que no comprendo, y es el papel del doctor Cremony en este asunto —dijo Kewnell.

—Yo he tratado de investigar sobre él, pero no he conseguido saber nada —declaró Pelham—. Claro que debería haber contratado los servicios de algún detective privado, pero esto cuesta dinero y, bien, aunque no soy tacaño, tampoco soy un millonario que se permita dilapidar alegremente unos cuantos cientos o miles de libras. Ahora bien, mi opinión es que Cremony es el artífice de la falsa muerte de John Parr.

—Lo que usted quiere decir es que Cremony empleó alguna droga que sumió a Parr en un estado de muerte aparente. Incluso, tal vez induciendo a su esposa a que le propinase una dosis excesiva, para así tenerla también de su lado, con la amenaza de denunciarla por asesinato —dijo el inspector.

—Más o menos, aunque creo que todo esto saldrá a la luz cuando sepamos si el cuerpo que yace en el panteón familiar de los Parr es o no el de nuestro personaje.

Kewnell sacudió la cazoleta de su pipa en un cenicero y se puso en pie.

—Les avisaré cuando tenga todo listo para poder abrir el ataúd —manifestó.

—¿Pedirá al forense que realice la autopsia? —preguntó Pelham.

—Primero, nos vamos, a cerciorar de que el cuerpo que está en la tumba es el de Parr. Después…

Pelham y la chica quedaron a solas.

—¿Qué opina usted, Danny? —preguntó él.

—Es preciso aguardar, Rod. Pero, dígame, ¿piensa decirle a Maxence que ha conseguido la confesión?

—Esperaré. Si ahora llamase a Eltham Manor, correría el peligro de que se enterase Cremony. Lo mejor será buscar la ocasión de poder hablar a solas con Maxie. Y eso no sucederá antes de que hayamos comprobado quién es, en realidad, la persona que fue enterrada en el panteón.

El joven sonrió.

—Supongo que no tendrá miedo de ir allí por segunda vez —añadió.

—Cuando estuve por última vez, era la medianoche. Ahora habrá un montón de policías y será de día —contestó Danny—. Resultará interesante.

—Y tétrico —murmuró el joven pensativamente.

CAPÍTULO XI

Era preciso reconocer que el inspector Kewnell sabía hacer bien las cosas. Aparte del juez de Barleyhurst y del médico local, no había otras personas presentes en la operación, salvo el sepulturero y encargado del cuidado del cementerio. Kewnell había llevado a un ayudante y Pelham y Danny habían acudido allí por su cuenta, en el coche del joven.

El sepulturero tenía una llave de la verja y abrió las dos hojas de que constaba. En el interior del panteón, a la izquierda, había una especie de armario empotrado en el muro, del que sacó un motón y una serie de cadenas, que servirían para levantar la losa.

Para sujetar el motón a la anilla que pendía del techo, el sepulturero se vio en la precisión de ponerse en pie sobre la lápida sepulcral. Durante la operación, no se oyó el menor ruido, salvo el tintineo de las cadenas, mientras eran colocadas en su sitio.

Al cabo de un cuarto de hora, el sepulturero saltó al suelo. El ayudante de Kewnell colaboró con él para izar la lápida. Al cabo de unos momentos, el ataúd quedó al descubierto.

Aunque todavía era de día, la luz resultaba insuficiente en el interior del panteón. Un par de lámparas fueron enfocadas hacia el ataúd, cuya tapa quedó levantada muy pronto.

—No hay duda —dijo el médico local—, es John Parr. Pero se conserva admirablemente.

—Tal vez fue embalsamado —apuntó Pelham.

—No me dijeron nada y en todo caso yo no tenía por qué dudar del certificado expedido por el doctor Cremony.

—Pero ¿es un médico auténtico? —preguntó Danny, recelosa.

—No cabe la menor duda, señorita; yo mismo vi el diploma que me enseñó, cuando dijo que se iba a ocupar de la salud del señor Parr. Y puesto que no fui requerido para atenderle y no había, repito, motivos para sospechar una acción delictiva, me abstuve de intervenir. Por otra parte, las causas de la muerte, según Cremony, eran completamente naturales.

Pelham hizo un gesto de asentimiento, mientras contemplaba la cadavérica faz de John Parr, cuyo aspecto, salvo por la lógica demacración, era casi completamente normal.

De pronto, sin poder contenerse, saltó al interior de la sepultura y puso una mano en la mejilla del muerto.

—Eh, ¿qué está haciendo usted? —protestó Kewnell.

El joven volvió a salir casi en el acto.

—No, nada... sólo quería comprobar.

—Está muerto, ¿no? —rezongó el policía.

—Sí. ¿Piensa pedir que le hagan la autopsia?

Kewnell hizo una mueca.

—Por ahora, no hay nada que permita sospechar un crimen —contestó—. Tendré que buscar pruebas...

—La señora Parr podría oponerse —intervino el juez de Barleyhurst—. A menos que se demuestre patentemente que hubo delito.

El inspector movió una mano.

—Ya hemos terminado —dijo.

Minutos más tarde, salían al exterior.

Pelham consultó su reloj. Eran las cuatro y media de la tarde.

Pronto se haría de noche. En el cielo corrían unas nubes bajas, plomizas, hinchadas. Tal vez iba a llover, pensó.

El sepulturero cerró la verja y se echó la llave al bolsillo. Luego dio media vuelta. Pelham echaba a andar en aquel momento y tropezó. Para no caer, extendió los brazos y se agarró al sepulturero. Durante unos momentos, los dos hombres parecieron bailar, de un modo ridículo. Casi daban ganar de reír.

Luego, Pelham se enderezó.

—Discúlpeme, amigo —dijo, muy turbado—. No sé qué diablos me ha pasado...

—No tiene importancia —sonrió el hombre.

La comitiva emprendió el regreso. Abajo, junto a la carretera, Kewnell se volvió hacia la pareja.

—¿Vuelven a Londres?

—No, inspector. La señorita me ha invitado a pasar unos días en casa de sus padres. Nos iremos directamente, ¿verdad, Danny?

La muchacha se dio cuenta de que la respuesta era una mentira, pero pensó que Pelham tenía algún motivo para decir una cosa semejante.

—Desde luego —contestó.

Kewnell abrió la portezuela de su coche.

—Les avisaré del resultado de la autopsia, si se realiza —dijo.

—Gracias, inspector.

Pelham se acercó a su coche, como si se dispusiera a abandonar el lugar. Los demás testigos de la escena se alejaban ya hacia el pueblo.

—¿Y bien, Rod? ¿Por qué hemos mentido? —preguntó Danny, sonriendo.

—Voy a quedarme aquí un rato —respondió él, a la vez que hacía saltar una llave en la palma de su mano.

—¡Eh, ésa es la llave del panteón! —exclamó la chica.

Pelham se volvió y sonrió maliciosamente

—Gracias a que es un poco grande —dijo—. Espero que el

sepulturero no advierta su falta demasiado pronto.

—Entonces, su tropezón...

—Fue simulado.

—Ya. Pero ¿qué espera encontrar, Rod?

Pelham entornó los ojos.

—Danny, usted recuerda que yo salté al interior de la fosa para tocar la mejilla de Parr —dijo.

—Sí, y todavía me siento intrigada...

—No me hubiera marchado del panteón sin hacerlo; fue algo superior a mis fuerzas. Danny, el hombre que hay en el ataúd, ¿es el mismo a quien vio usted en la casa de Cremony?

—Sí, sin ningún género de dudas. Pero ahora se ha visto claramente que está muerto...

—Muchacha, yo toqué la mejilla de John Parr y, desde luego, está fría. Pero no acartonada o apergaminada, como parecería lógico, y desde luego, esa frialdad, a menos que yo me equivoque de medio a medio, no es la frialdad de la muerte.

—¡Rod, no me asuste usted! ¿Va a decirme que John Parr es un no-muerto o algo por el estilo, una especie de zombie que obedece las órdenes de un ser maligno?

—A veces, usted, sobre todo en invierno, se toca la cara y la piel está fría, pero es por la intemperie, no por otra cosa. Lo mismo sucede con el cuerpo de Parr.

Danny se quedó anonadada al escuchar aquellas palabras.

—Entonces, ¿qué piensa hacer? —preguntó.

Pelham levantó la vista al cielo. La oscuridad era más intensa a cada minuto que transcurría.

—Esperar —contestó.

Y luego, pausadamente, añadió:

—Porque presiento que es hoy cuando se va a producir el desenlace de esta situación.

*

Transcurrida una hora, ya completamente de noche, Pelham decidió volver al panteón.

—Quédese aquí...

Danny rechazó la sugerencia de inmediato.

—Ni lo sueñe. Creo que pasaría aquí más miedo que allá arriba.

—Muy bien, no se hable más.

Pelham disponía de una linterna, que llevaba ordinariamente en la guantera del automóvil. Momentos después, insertaba la llave en la cerradura de la verja.

—¿Tiene algún ladrón conocido que le haya enseñado a desvalijar los bolsillos ajenos? —preguntó Danny irónicamente.

—No; se me ocurrió de repente. Pero no fue difícil porque me

había fijado dónde la había guardado el sepulturero y el pobre hombre tenía toda su atención ocupada en no caer al suelo.

Las hojas de la puerta de hierro giraron a un lado.

—Tiene las bisagras bien engrasadas —observó Pelham, mientras paseaba el haz de rayos luminosos por el interior del panteón—. Hay algo que me intriga sobremanera, Danny —añadió.

—¿Qué es, Rod? —preguntó la chica.

—John no está muerto, sino sumido en un estado cataléptico... Pero sale de la tumba; ha salido en más de una ocasión y esto es algo que queda fuera de toda duda. ¿Qué hace Cremony cada vez que necesita de sus «servicios»? ¿Viene aquí a levantar la lápida? Es una tarea nada fácil, ¿no le parece?

—Cremony es muy fuerte y hay un montón y cadenas...

—Eso hace ruido, muchacha.

Pelham estaba ya junto al túmulo de granito, que sobresalía casi un metro del suelo. Se preguntó si era posible que John Parr hubiese tomado parte de buen grado en aquella macabra comedia. Porque ahora ya no cabía la menor duda de que era Parr el autor de aquellos asesinatos.

¿Instigado por Cremony?

Lentamente, dio la vuelta a la sepultura. De pronto, al llegar al sitio donde se hallaba la cabecera, creyó notar algo extraño.

Arrodillándose, tanteó con una mano, sin conseguir nada positivo Entonces llamó a la muchacha.

—Danny, sostenga la linterna.

Ahora, Pelham tenía las dos manos libres y empezó a presionar en el trozo de pared vertical, correspondiente a la cabecera de la tumba. De repente, se oyó un chasquido.

La losa vertical de granito giró silenciosamente, dejando al descubierto un hueco, a través del cual se divisaba el ataúd, cuya tapa quedaba a ras del suelo del panteón. Entre la tapa y la lápida había un espacio de unos ochenta centímetros.

—¿Lo comprende ahora, Danny? Para que John salga de su tumba no es necesario levantar la lápida. Le basta con abrir el ataúd y...

Pelham estaba arrodillado, con la vista fija en el interior de la sepultura y le extrañó el silencio de la muchacha, que no hacía el menor comentario a sus observaciones.

—¡Eh, Danny! —exclamó—. ¿Qué le sucede? ¿Se ha vuelto muda?

—Sí —dijo una voz de tonos graves, pero, al mismo tiempo, irónicos—. La señorita ha perdido el habla. En su lugar, a mí también me habría pasado lo mismo.

CAPÍTULO XII

Pelham se irguió lentamente. Frente a él, en la entrada, con una lámpara de mayor potencia aún que la suya, estaba Cremony.

—Tengo una pistola en la mano —advirtió el médico—, así que no intente nada contra mí.

—Estamos desarmados —dijo Pelham.

—Tanto mejor —Cremony movió la pistola—. Apártense. Usted, chica, apague su lámpara y déjela a un lado.

Danny obedeció. Pelham se movió lateralmente, con la espalda pegada a la pared del panteón. Cremony se movía también, dejando en parte libre el camino que conducía a la salida.

—Lo han averiguado al fin —dijo Cremony.

—Sospechamos la verdad o, al menos, parte de ella. Pero aún ignoramos muchas cosas

—Sí, es lógico.

—¿Qué piensa hacer ahora? ¿Terminar de matar a John?

—Aún no he lomado una decisión —respondió el galeno—. La verdad es que ustedes han resultado un estorbo de mucha mayor consideración que lo que llegué a pensar en el primer momento.

Pelham emitió una risita de circunstancias.

—Bueno, la verdad es que yo siempre fui muy amigo de la señora Parr. También de su esposo, aunque un poco menos, como puede suponerse.

—Y creyó que eso le daba derecho a meter la nariz donde no le importaba.

—A usted no le gustó siquiera que yo fuese a dar el pésame a Maxie, apenas «muerto» su esposo. Escuché una breve conversación el día en que fui a visitarla, con motivo del asesinato de Garrish. Aquella visita mía le sentó a usted como un tiro.

—Lo admito —dijo Cremony fríamente—. Pero ella siguió recibiéndole.

—¿Por qué no? Repito que éramos buenos amigos... y que usted la ha sometido a las mayores abyecciones, aprovechándose de cierto error que ella cometió involuntariamente. Incluso la obligó a firmar una confesión.

Cremony rió siniestramente.

—En medio de todo, es usted un infeliz, amigo mío —dijo—. Más aún que John, que ya es decir. Pero no quiero seguir con la discusión...

Pelham alzó una mano rápidamente.

—Aguarde un poco, doctor —exclamó—. Hay todavía algunos

puntos oscuros y nos gustaría conocer la verdad de lo sucedido.

—¿Por ejemplo…?

—John no ha estado muerto nunca, aunque lo parezca.

—No.

—Estaba arruinado… mejor dicho, había arruinado a su esposa, con sus locas especulaciones. Era preciso recuperar el dinero perdido o, al menos, la mayor parte. Pero un vivo no podía matar a la gente. Tenía que hacerlo un muerto. ¿Me equivoco?

—Acierta —sonrió Cremony.

—Usted debió de persuadirle para que aceptase tomar parte en el plan, aunque no se me alcanza qué clase de medicamento pudo utilizar para simular la muerte de John y, lo que es más todavía, conseguir que le obedeciera ciegamente…

—Eso sería muy largo de explicar y usted no lo entendería, señor Pelham. Hay drogas orientales que… Bueno, ¿para qué seguir hablando a unos profanos en la materia? Además, aquellos detestables sujetos habían estafado a John.

—Sí, y usted consiguió sacarles el dinero, en parte por argucias legales y también mediante el chantaje, como en el caso de Miller. Pero hubo uno que se negó en redondo a pagar: Trawhorne.

—Está en mi lista. Le daré una nueva oportunidad y si no paga, morirá.

—¿Se lo ordenará a John?

—Por supuesto. John me obedece ciegamente. Es mi esclavo —declaró Cremony orgullosamente.

—Sin embargo, tengo la sensación de que le falló en una ocasión.

—¿Cuándo?

—Cuando utilizó los servicios de un tal Cavendish para que se hiciese pasar por John y asustase a Sally Burns. Usted sabía que la antigua doncella de la señora Parr lo vería y divulgaría la noticia, pero una vez que consiguió sus propósitos, asesinó a Cavendish, en cuyas dotes de discreción no tenía la menor confianza.

—Es cierto —admitió Cremony—. En aquella ocasión, es decir, hubo un espacio de algunas semanas, durante el cual John permaneció prácticamente muerto. No me quedó otro remedio que recurrir al antiguo imitador de estrellas.

—Sí, era John el que cometía los asesinatos. Por eso quedaban sus huellas dactilares en los cuchillos que usted le proporcionaba y en los que, dado su estado, no podía dejar rastros de sudor. Ahora bien, ¿por qué llevó a John a su casa de Londres?

—Tenía planeada la muerte de Trawhorne —declaró el sujeto, sin la menor reticencia—. No obstante, su inesperada aparición trastornó mis planes y tuvimos que marcharnos.

—Doctor, ¿era necesario idear un plan tan complicado para

recuperar la fortuna que John había perdido?

—Aquellos miserables le habían estafado...

—Y a usted no le agradaba la idea de vivir junto a una mujer pobre. Porque tal vez, más adelante, John tenía que morir efectivamente.

—Señor Pelham, en cuanto a establecer conclusiones, no voy a permitir que lo repita a nadie.

—Eso significa que piensa asesinarnos —dijo el joven sin pestañear.

—Sí.

Danny lanzó un gemido de terror. Pelham agarró su mano.

—Las detonaciones se oirán —dijo.

—Barleyhurst está muy lejos —contestó Cremony, impasible.

—¿Qué hará con nuestros cadáveres? ¿Los pondrá en la misma tumba en que está John?

—Bueno, de momento...

—Y luego se irá a buscar a la señora Parr y ambos abandonarán el país.

—Es lo mejor, ¿no cree?

—Doctor, nosotros guardaremos silencio —exclamó Danny—. Le juro que no diremos nada.

Hubo un momento de silencio. Luego se dejó oír la risa siniestra de Cremony.

Danny supo que no podrían esperar piedad de un hombre que no la había conocido y ocultó la cara en el pecho del joven. Pelham sostuvo la mirada del criminal médico.

—Aquí no estamos bien —dijo de pronto.

Y, llevando a Danny consigo, se retiró unos pasos, hacia la puerta.

Cremony giró un cuarto de vuelta hacia su derecha.

—Sepárense —ordenó.

—Aguarde un momento —pidió el joven—. Tengo que preguntarle...

—¡Basta!

—Espere, hombre. ¿Qué más le da un minuto antes o después? Sólo deseo saber.

—Está bien. Una pregunta, la última, pero nada más.

Pelham sonrió forzadamente.

—Gracias, doctor. La pregunta es.

Cremony le miró intrigado. De súbito, su rostro se deformó en una horrible mueca de dolor.

Pelham apretó a la chica contra su cuerpo. Era preciso evitar que Danny contemplase aquella horrible escena.

John Parr había salido de la tumba y tenía un cuchillo ensangrentado en la mano. El acero se hundió por segunda vez en la

espalda de Cremony.

Se oyó un ronco sonido. De pronto, Cremony se volvió y apretó el gatillo de su pistola.

Parr sufrió una fuerte sacudida y cayó de espaldas. Cremony alzó el arma, para disparar de nuevo, pero, de pronto, le fallaron las fuerzas y se desplomó de bruces.

Entonces, Pelham empujó a la chica fuera del panteón.

—Vamos, vamos...

De repente, Danny lanzó un chillido de terror al ver a una forma blanca que surgía ante ellos.

Pelham lanzó una exclamación de asombro:

—¡Maxie! ¿Qué haces aquí?

*

La señora Parr parecía terriblemente conturbada.

—Oh, Rod, ese hombre... Me obligó a venir...

Pelham tomó una decisión instantáneamente.

—Danny, vaya al pueblo y despierte al juez —ordenó.

La muchacha comprendió en el acto.

—Sí, ahora mismo...

Pelham y Maxence quedaron frente a frente.

—Recobré la confesión —dijo él—. Pero, además, Cremony ha muerto.

Maxence se puso una mano en el pecho.

—Nunca podré pagarte lo que has hecho por mí. Toda mi vida te estaré agradecida...

—Lo he hecho porque te apreciaba, Maxie.

—Ahora estoy libre... Ya no tendré que someterme a los caprichos de ese horrible sujeto, ya no tendré que soportar más sus lascivas caricias...

Maxence hablaba atropelladamente, casi con incoherencia. Pelham se sentía un tanto desconcertado por la presencia de la joven en el cementerio.

De repente, vio algo que le puso los pelos de punta.

John Parr salía del panteón, paso a paso, sin hacer el menor ruido. Maxence no lo había advertido, ya que estaba vuelta de espaldas a la entrada.

Durante un segundo, Pelham permaneció petrificado por el terror. Luego reaccionó y saltó hacia la joven.

—¡Maxie!

Ella adivinó algo y empezó a volverse. Un agudísimo alarido brotó de sus labios.

—¡John...!

Pelham avanzó hacia Parr y quiso cerrarle el paso, pero vio el puñal y se ladeó bruscamente. Su pie derecho tropezó con algo y rodó

por tierra, golpeándose la cabeza con fuerza. Un extraño aturdimiento le dejó inmóvil, sin ánimos para levantar una mano siquiera.

Maxence contemplaba a su esposo con ojos llenos de terror.

—¡No, John, no…!

—He estado demasiado tiempo solo ahí —dijo Parr, con acento que daba la sensación de que cada silaba era una explosión en su boca—. Tú me enviaste a la tumba por venganza… y también hiciste que Cremony te obedeciera dócilmente, subyugándole con el hechizo de tu belleza…

Pelham intentó levantarse, pero el golpe le había dejado sin fuerzas. Le parecía estar soñando, como si presenciase la escena a través de una neblina que le situaba en un mundo distinto.

El puñal se alzó súbitamente y se hundió hasta la empuñadura en el pecho de Maxence.

Un grito horripilante hendió la noche. Maxence se tambaleó un poco y cayó al suelo.

Parr soltó el puñal. Luego se inclinó y alzó el inerte cuerpo de su esposa en brazos.

Lentamente, se volvió hacia el joven. Pelham vio asomar los dientes de Parr, en una macabra sonrisa.

—Ahora estaremos juntos para siempre. Como debe ser —dijo Parr.

Pelham creía hallarse bajo el influjo de un hechizo, que le impedía hacer el menor movimiento. De pronto, se encontró solo.

Al cabo de unos minutos, logró ponerse en pie.

*

Aquella misma noche, se levantó la lápida por segunda vez. El juez de Barleyhurst había decidido que se hiciera la autopsia al cadáver de John Parr.

La extrañeza de todos los presentes fue enorme al no ver el cuerpo de Maxence en el interior de la tumba. Pero cuando levantaron la tapa del féretro, contemplaron algo que los llenó de horror.

Había dos cuerpos, estrechamente abrazados. Uno de ellos, el de Maxence, salvo las manchas de sangre, aparecía intacto.

En el otro cuerpo, el de John Parr, se veían blanquear los huesos a través de los harapos de su ropa podrida y su carne ya corrompida.

*

—¿Sabremos algún día la verdad de lo sucedido? —dijo Pelham, una semana más tarde.

Danny se inclinó para llenar las tazas del té.

—Hay cosas que no comprenderemos jamás, Rod —manifestó—. Yo diría, sin embargo, que John Parr se esforzó a sí mismo en vivir aquella doble vida, muerto y no muerto, hasta conseguir su venganza. Tal vez, en un principio, aceptó el plan de su falsa muerte, para

recobrar el dinero perdido... pero luego supo que había sido engañado...

Miró al joven.

—Era ella la que ideó todo, la que utilizó a Cremony y a su propio esposo —continuó—. Ahora ya no cabe duda de quién fue la autora de ese horrible plan, aunque no llegó a suponer que una fuerza superior impulsaría a John a procurarse la más horrible de las venganzas.

Pelham asintió lentamente

—No cabe la menor duda —concordó—. Ahora lo vemos todo claro. Maxie actuó con una doblez increíble, utilizando a unos y a otros, aprovechándose de los conocimientos que Cremony poseía sobre esas misteriosas drogas orientales...

Apartó a un lado la taza de té.

—Necesito algo más fuerte —dijo.

—Está bien, pero sólo le serviré dos dedos —sonrió Danny.

Pelham encendió un cigarrillo. Aquella mujer, de la que tan enamorado había llegado a estar, le había causado una tremenda decepción. Le costaría mucho reponerse...

De pronto, miró a Danny, joven, esbelta, rebosante de vitalidad.

—Danny, ¿cuándo me invitas a otro fin de semana en casa de tus padres?

Ella se volvió y sonrió encantadoramente.

—No tienes más que decirlo —contestó.

—¿Esta misma semana?

—Claro.

En aquel momento, llamaron a la puerta. Danny dejó a un lado botella y vaso y cruzó la sala.

Abrió. Desde el umbral, Sally Burns agitó una mano.

—Hola, Rod.

Casi en el mismo instante, apareció otra joven.

—¡Rod! —exclamó Sheila Watts.

Danny se quedó parada un instante, pero reaccionó muy pronto.

—Lo siento, señoras —dijo—, pero el señor Pelham tiene un compromiso.

Sally y Sheila abrieron la boca al mismo tiempo. Así seguían, cuando la puerta se cerró de golpe.

Danny se volvió y se apoyó en la puerta.

—He hecho bien, supongo —dijo maliciosamente.

—Has actuado como una perfecta secretaria. No, eso no es correcto. Lo correcto es...

Pelham sonrió.

—¿Quieres que diga lo que vas a ser de ahora en adelante? —añadió.

—Me gustaría oírlo, en efecto —contestó ella.

Pelham se levantó, caminó unos pasos y puso las manos en la esbelta cintura de la chica.

—Lo vas a oír ahora mismo, Danny —murmuró.

F I N